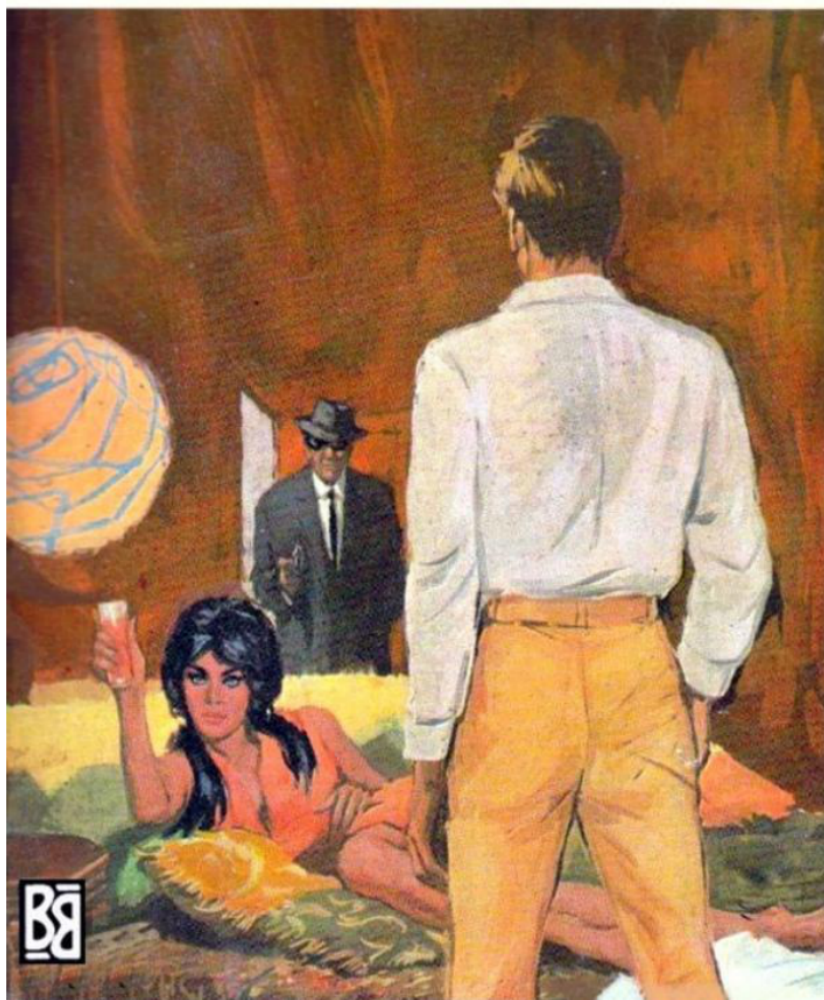


PUNTO
ROJO

"SCORPIO"

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

SCORPIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 331

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 23.709 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1968

© RALPH BARBY - 1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

315. — Tres cabelleras y un *G-man*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

928. — Bajo la sombra del ciprés.

En Colección CALIFORNIA:

611. — Sed.

En Colección KANSAS:

516. — No era el más rápido.

En Colección BÚFALO:

762. — «Tranquilo».

En Colección COLORADO:

555. — Una sola razón: ¡plomo!

En Colección BISONTE:

1.056. — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

377. — El reloj que detuvo la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

633. — La danza del cáñamo.

En Colección ENVIADO SECRETO:

25. — Una gardenia roja para 002.

CAPÍTULO PRIMERO

El bostezo fue largo. Los ojos tardaron en abrirse.

Sentía que su cerebro estaba espeso como un vaso de leche al que hubieran añadido dos libras de azúcar. Sin embargo, sus labios no tenían una sensación dulce, sino todo lo contrario.

Sin levantarse de la butaca, un sillón cómodo, de brazos amplios y mullidos, alzó las manos para frotarse el rostro con gesto mecánico. Sintió un contacto frío en sus mejillas y abrió los ojos súbitamente.

En la lujosa habitación imperaba un silencio total, absoluto. Lejano, muy lejano, se podía escuchar rumor de circulación, un tubo de escape abierto, un claxon llamando la atención de alguien, un silbato; pero... ¿qué era aquello que tenía en la mano, aquello que había tocado su rostro?

Charles Scorpio, cuyo nombre real era Charles Vally, no era ningún tonto. Había corrido mucho mundo y se había metido en los suficientes líos como para darse cuenta de que había algo anormal, maquiavélico, una red invisible que le envolvía.

Su mano movió la

«P-38»

con silenciador que empuñaba. Conocía muy bien aquel tipo de pistola. Segura, rápida, silenciosa. El arma de un profesional dentro del mundo del hampa o del espionaje.

«¿Por qué diablos tengo esta pistola en la mano?», se preguntó parpadeando visiblemente.

No recordaba llevar ningún arma a su llegada a la ciudad eterna, la ciudad de los antiguos gladiadores.

Scorpio revisó lentamente el resto de la lujosa estancia y sus pupilas se detuvieron al quedar clavadas en un cuerpo que yacía boca abajo a unos cinco pasos frente a él.

Una mesita de centro lo ocultaba en parte y los heterogéneos

objetos de arte colocados sobre ella habían impedido que descubriera aquel cuerpo con anterioridad.

Lanzó un ligero gruñido.

Reflejaba en su rostro una ligera sensación de cansancio.

Scorpio era alto, bien parecido, según la opinión de la extensa pléyade femenina que había tratado en su vida. Lo que más destacaba en él eran sus ojos, muy expresivos, penetrantes, y cuando la ocasión lo requería, fríos y metálicos.

Sin soltar la empuñadura de la

«P-38»,

se puso en pie y sintió que sus piernas parecían pesar más que de costumbre. Era como si sus pies se hubieran dormido por deficiente riego sanguíneo.

Los zapatos de piel brillante y negra quedaron quietos junto a la cabeza del cuerpo que reposaba en el suelo.

Scorpio no era médico ni policía. Era un nómada, un espíritu inquieto de los tiempos modernos. Según algunos que le habían conocido bien, se trataba de un diablo quijotesco.

«¿Quién será este cadáver?», se preguntó con voz ronca, propia de sentir fuerte resaca.

Se inclinó tras ver el ligero charco de sangre y dio la vuelta a la cabeza de aquel hombre, ya en *rigor mortis*, aunque la frialdad no había llegado totalmente a él.

«¿Cuatro, cinco horas? ¿Quién sabe el tiempo que hace que está muerto y el rato que estoy yo aquí sentado con esto en la mano?», se preguntó mirando la automática.

Otro en su lugar hubiera arrojado la pistola lejos de sí y huido a escape de aquella situación que podía conducirle a una prisión perpetua si es que aún estaba en Italia, porque de hallarse en Francia sería la guillotina, en Inglaterra la horca y en su país natal la silla eléctrica o la cámara de gas.

Dejó de repasar los sistemas de ejecución de las distintas naciones y consultó su reloj.

—Las diez...

Por la ventana entraba mucha luz, era indudable pues que eran las diez de la mañana.

Aquel hombre debería haber muerto sobre las cuatro o las cinco de la madrugada.

Desvió la mirada hacia la mesita de centro. En ella había dos copas a medio vaciar, un cenicero con colillas y una botella de *whisky* «J. W. Brown», su preferido.

Sospesó la «*Parabellum*» en su mano. Extrajo su cargador y de éste sacó las balas, que puso en la palma de su diestra.

—Tres y una que hay colocada en la recámara, cuatro. Faltan tres balas —monologó.

Se apartó del cadáver, un sujeto de unos cincuenta o sesenta años, de rasgos anglosajones. Muy largo y el cabello escaso y entrecano. Buscó y no tardó en descubrir sobre la alfombra tres casquillos vacíos.

—A menos que hayan fallado un tiro, este infeliz tiene tres plomos en el estómago que al parecer no ha digerido muy bien.

Descorchó la botella de *whisky* y se llevó el gollete directamente a sus labios, tomando un trago largo del fuerte pero cuidado y fino licor.

Sintió que recobraba algo de la fuerza en sus piernas y que el cerebro se le despejaba un tanto.

Volvió junto al cadáver.

Aquel rostro le era totalmente desconocido. Estaba seguro de no haberlo visto jamás.

Sin pensarlo dos veces, introdujo su mano por el interior de la chaqueta oscura que vestía el cadáver y extrajo la cartera perforada en un ángulo por uno de los balazos.

La documentación estaba clara, en regla.

—Mayor Sterling H. Lowell, de la Interpol. Nacionalidad, norteamericana, de Houston, edad cincuenta y seis años. Un pez gordo del mundo policíaco internacional. ¿Quién lo habrá querido pasaportar? Porque, desde luego, yo no he sido dijo con sarcasmo observando una vez más la pistola, que volvió a cargar.

Colocó la documentación en el cadáver y lo puso en su posición primitiva. Después, sacó un pañuelo y limpió cuidadosamente la pistola de todas las huellas dactilares que pudiera tener, que estaba seguro solo serían las suyas.

Una vez limpia, la depositó sobre la mesita de centro y se volvió a sentar en el mullido sillón donde, al parecer, había dormido durante varias horas.

Se frotó los ojos e hizo un sobrehumano esfuerzo mental para

recordar lo que había hecho durante las horas anteriores a aquel sueño que tan desagradable despertar había tenido.

Recordó las celdas de la comisaría romana.

Los barrotes se proyectaban contra las paredes desconchadas, húmedas, oliendo a orín descompuesto. Recordaba que el catre estaba duro y un murmullo de voces lejanas llegaba desde la oficina de la comisaría.

Alguien estaría declarando. ¿Una mujer abandonada con sus hijos, un hombre al que habían robado la cartera? ¿Qué le importaba todo aquello? En sus explicaciones, los italianos siempre le habían parecido muy llorones, excesivamente habladores.

En su misma celda roncaban dos tipos. Parecía como si el estar dentro de aquella celda húmeda y hedionda, muy cerca de las márgenes del río Tíber, fuera como estar en su casa, si es que la tenían.

Aspiró el humo de su cigarrillo y luego lo expulsó con lentitud mientras repasaba su llegada a Roma.

En el aeropuerto de Fiumicino, nada más ser revisado su pasaporte, una turista inglesa comenzó a chillar como si le hubiera subido un ratón por el interior de su falda, de corte tan viejo como ella misma.

—¡Me han robado mis joyas, me han robado mis joyas! —gritó.

La gentes se arremolinó a su alrededor. Dos policías se abrieron paso y preguntaron:

—¿Ha visto al ladrón, señora?

—No, no lo he visto, pero tiene que ser alguien muy listo. Las llevaba en el bolsillo de mi abrigo de verano tras declararlas en la Aduana. Un anillo con solitario de brillante que vale una fortuna, dos broches y un collar... ¡Busquen al ladrón! ¡Búsquenlo antes de que desaparezca, no puede estar lejos!

Charles Scorpio introducía unas monedas en la máquina automática, de la que sacó un paquete de cigarrillos. Luego, alzó la vista y observó la reluciente sonrisa de una azafata tras el mostrador de relaciones públicas del aeropuerto.

Se aproximó a la máquina siguiente. Metió otra moneda y bajó una primorosa bolsa de bombones.

Lanzó un beso sonoro, que alertó a la azafata, y tiró la bolsa al aire. Ésta fue recogida por la guapa chica que se lo agradeció con

otro beso que cruzó el aire.

Abrió el paquete de cigarrillos. Sacó una cerilla e hizo llamear su cabeza con las uñas de sus dedos. Después, la llama pasó al cigarrillo y una columna de humo blanquecino se elevó en el aire.

—¿Charles Vally?

Miró a ambos lados y se dio cuenta de que dos hombres se habían colocado a derecha e izquierda mientras un tercero se le enfrentaba por delante.

—¿Qué quiere de mí la respetable policía de Roma? —preguntó con tono burlón.

Olfateaba a la policía desde lejos y pese a vestir éstos de paisano no lograban pasarle inadvertidos.

—Ya ha oído a la señora inglesa. Le han robado las joyas —advirtió el inspector Benini con una sonrisa irónica bajo su bigote bien recortado.

—Y se les ha ocurrido la luminosa idea de que yo tengo esas joyas, ¿no es cierto, inspector Benini?

—La señora ha dicho que se las ha tenido que robar un tipo muy inteligente.

—Gracias por el halago, inspector; no lo merezco.

—¿Quiere decir que no ha sido el ladrón que buscamos?

—Bueno, en mi opinión, sin ser autorizada, claro, no es que el ladrón sea muy inteligente, sino que me parece que la señora es muy tonta.

—Vamos, Scorpio, no se haga el listo y síganos. En la comisaría le haremos unas cuantas preguntas sobre el caso.

—Inspector, me temo que va a ser usted tan sagaz como siempre.

—¿Eso cree?

—Naturalmente. Mientras me interroga a mí, el ladrón se le va a escapar de entre las manos, a menos que ya tenga en su bolsillo al autor y este caso le sirva de excusa para darme hospedaje durante setenta y dos horas en su maravillosa *suite* rodeada de barrotes.

El inspector romano prefirió no seguir hablando. Charles Vally, muy conocido por Scorpio, era demasiado fácil con la palabra y acabaría burlándose de él.

Echó a caminar entre los dos agentes en dirección al coche policial que aguardaba fuera, no sin antes despedirse de la azafata

con un movimiento de mano. Ésta, primero le miró preocupada y luego sonrió.

Charles Vally sabía que las policías de todo el mundo no le recibían muy cordialmente. Siempre andaba metiéndose en líos, aunque jamás se le había podido encausar. Todos estaban convencidos de que nunca había cometido delito alguno para beneficiarse y si alguna vez le habían acusado de allanamiento de morada u otros pequeños delitos, alguien se encargaba siempre de quitar los cargos por agradecimiento.

Actuaba como una especie de detective privado y, sin embargo, carecía de licencia. La policía intentaba ponerle trabas y los hampones desembarazarse de él y muchos eran los que le habían jurado un entierro de primera.

El cigarrillo quemó las puntas de sus dedos. Los ronquidos de los compañeros de celda seguían el mismo ritmo monótono. Arrojó la colilla, comprobó que ya no le quedaban más cigarrillos y que los murmullos de la oficina propiamente dicha se habían silenciado y comenzó a silbar.

Nadie pareció molestarse por aquel silbido nada estridente que interpretaba las notas de un *blues* de un modo perfecto, tan puro que semejaban escapar de la garganta de un negro autóctono de la ribera de Nueva Orleáns.

No supo cuánto tiempo estuvo desgranando las notas melancólicas de los cánticos negros cuando escuchó el ruido de la llave al introducirse en la cerradura.

El policía uniformado se situó junto a su catre. En pésimo inglés le dijo:

—Míster Vally, sígame.

Sin dejar de silbar, Charles se puso en pie. Se echó la chaqueta a la espalda, sosteniéndola por encima de su hombro derecho con los dedos, y abandonó la celda que volvió a quedar cerrada con los roncadores que no se percataron de que el compañero acababa de dejarles sin disgusto.

—*Buona sera*, Scorpio —dijo el inspector Benini sonriendo pese a que sus ojos reflejaban cansancio ante la larga jornada de trabajo.

—¿Su saludo quiere decir que puedo marcharme ya? —preguntó dando un bostezo.

—Sí. Tendrá que aceptar nuestras disculpas por haberle retenido

unas horas.

—Por sospechas infundadas, claro —añadió con sarcasmo.

—Exacto. Es magnífico que sepa interpretar la situación. Ya hemos capturado al verdadero ladrón de las joyas de la turista inglesa. La policía tiene que tantear y no siempre es certera enseguida, aunque siempre acaba dando con el verdadero culpable.

—No me haga reír, inspector. Sus palabras suenan a utopía. —Dio la vuelta y dijo—: *Buona sera*. —Se detuvo y se volvió hacia el policía que le miraba preocupado, como preguntándose en qué lío iba a meterse.

—¿Ocurre algo? —preguntó el romano.

—Sí. Le agradecería que me diera mi pasaporte. Quizá dentro de una hora vuelva a pedírmelo usted mismo y si se le olvida que lo tiene guardado podría encerrarme por setenta y dos horas, hasta que la memoria se le despegara.

El inspector abrió el cajón. Sacó el pasaporte y lo lanzó al aire.

Scorpio lo recogió, sonrió con desgana y dio las gracias.

Salió a la calle silbando. Hacía calor y no se puso la chaqueta.

Se dijo que lo primero que debía hacer era buscar tabaco, una cama que no se pareciera a la de la celda y algo para llenar su estómago.

Sus pasos resonaron en la solitaria vía Aldo Manucio. El suelo empedrado estaba húmedo. El río Tíber discurría a tramos silencioso y a tramos con rumor.

Decidió cruzar la calzada y acercarse a la balaustrada para mirar el río. La luz lunar reverberaba en él y quizá también la cabeza de una rata cruzándolo de regreso a su guarida.

De pronto se iluminaron unos faros que lo deslumbraron.

Se escuchó el chirriar de unas ruedas y el parachoques del automóvil le golpeó ligeramente en las piernas haciéndole perder el equilibrio. No llegó a tirarle al suelo debido a la gran agilidad de Charles.

—Disculpe, cuánto lo siento —le dijo en italiano una mujer asomándose por encima de la portezuela de aquel convertible blanco.

El hombre, que en principio había puesto mala cara, cambió su gesto al ver aquel rostro agradable enmarcado por una cabellera dorada, de grandes ojos oscuros y labios atractivos color cereza.

—Por poco me tiene que pedir disculpas en la Morgue —le respondió en el idioma de ella, que hablaba perfectamente.

—¿Le he hecho daño? Estoy pesarosa... No sé en qué iba pensando.

El se acercó y se acomodó sobre la portezuela mientras ella se echaba hacia atrás en el asiento. Sin embargo, no pareció asustarse de la proximidad varonil.

—No, no me has hecho daño, cariño, pero quizá me lo hagas aquí dentro. —Se golpeó en el pecho.

—¿En el corazón? —preguntó ella con orgullo mal disimulado.

—Eres un bombón y si en mi estancia en Roma no te vuelvo a ver será decepcionante para mí.

—¿Eres extranjero?

—¿Se me nota? —preguntó jocoso.

—La verdad es que sí. ¿Norteamericano, quizá?

—Exacto. De un pueblecito muy chiquito cercano a Dallas.

—¿Eres tejano, entonces?

—Sí, pero no llevo botas altas ni «Colt» en la pistolera. Los tiempos cambian.

Ella sonrió y se acomodó mejor en el asiento, dejando que la luz de la luna arrancara reflejos a su vestido negro punteado en plata.

—¿Podría resarcirte del golpe en alguna forma?

—Naturalmente, llevándome a algún sitio a tomar una copa. Acabo de salir de un lugar en el que no eran excesivamente generosos con sus clientes.

—Entonces, sube y no perdamos tiempo.

Charles Scorpio miró las piernas de la chica que se mostraban generosas por la minifalda. Luego, saltó al interior del auto sin molestarse en abrir la portezuela.

El automóvil, un lujoso «Chevrolet-Luby», arrancó raudo para acercarse a la vía Vittorio Veneto.

Charles miró la cédula de propiedad del coche y leyó: «Aldo Cobianchi».

—¿Es tu marido? —preguntó.

—No. Soy soltera.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó insinuante.

—Vuelves a equivocarte. Aldo Cobianchi era el antiguo propietario del coche, lo compré usado. Ah, no hace falta que sigas

buscando. Me llamo Judith.

—¿Italiana?

—Sí. ¿Acaso esperabas un nombre como Sophia, Gina o Silvana? El sonrió.

—Es natural que todas las italianas no os llaméis como las estrellas del celuloide. Mi nombre es Charles Vally, pero me conocen más por Scorpio.

—¿Nacido en noviembre?

—Ajá, pero no soy supersticioso.

—¿Aficionado a los horóscopos? Hay muchos que lo primero que leen en su periódico o revista de costumbre es el horóscopo del día.

—Pues yo no.

—¿Quién fue el primero que te llamó Scorpio? —preguntó mientras conducía hábilmente por la ciudad de los gladiadores.

—El primer profesor al que puse un clavo en su silla. El sí era aficionado a los horóscopos.

—Scorpio, eres muy simpático.

—No más que tú bonita.

—Gracias. Creo que vamos a pasarlo muy bien juntos.

—Depende del lugar adonde me lleves a comer. Tengo mucha hambre.

No tardaron en llegar a un popular restaurante donde Charles, ante el regocijo de la chica que no parecía tener prisa por llegar a ninguna parte, se comió dos platos de *pizza* y un filete doble de ternera, con lo que quedó harto.

Dejaron los fuertes y tintos vinos del popular restaurante romano y pasaron al *night club* Pizzicore, donde un atento camarero con lazo al cuello y postura casi servil les sirvió *brandy*.

Charles bailó con Judith.

Era una mujer de cuerpo hermoso y juvenil, capaz de dejarse llevar suavemente por un *fox* lentísimo diside el hombre se sentía a gusto con ella en los brazos, como contorsionarse alegremente con el *soul*.

La música desgranaba ahora un *seudoblue* apto para acaramelarse cuando Judith alzó sus labios húmedos y brillantes y preguntó:

—¿Quieres que vayamos a mi hotel? Tengo una habitación muy

cómoda. Allí estaremos solos y podremos seguir bailando, si tú quieres.

El la besó en los labios antes de responder y los notó cálidos, atrayentes.

Notó una ligera sensación de sueño, cansancio tal vez, y respondió con voz ronca:

—Si tienes un buen sofá donde pueda dormir luego, vámonos ahora mismo.

—Está bien. Paga y vamos a por el coche.

—Enseguida. Nos llevaremos de aquí una botella de *whisky*. Ya verás qué suave pasa y cómo calienta después.

Ella rió. Poco después, el lujoso automóvil de fabricación americana arribaba al «Hotel Napoleone», ubicado en la vía Palermo.

El sueño cada vez cerraba sus párpados con más fuerza.

Pasaron al *hall* y Judith fue a pedir la llave al conserje, un tipo calvo, de rostro delgado y muy estirado.

A Charles le pareció que lo había visto en alguna otra parte, mas no dijo nada y subieron en el ascensor.

—Ésta es mi habitación, la ciento cuatro.

—Bonito número. Uno y cuatro son cinco... Bueno, lo que sea —comentó penetrando en la suntuosa estancia de aquel lujoso hotel.

Las rodillas se le doblaban y se dejó caer en el mullido sillón. Abrió los ojos y vio el rostro sonriente de Judith ante él.

Se esforzó por sonreírle a su vez y dijo:

—Cariño, creo que seguiremos bailando mañana. No sé qué me pasa, pero tengo mucho sueño...

Charles Scorpio, que había estado haciendo esfuerzos por recordar, comprendió que había llegado al final.

Tras ver el rostro de la chica, ya nada más recordaba y sin embargo ahora estaba allí sentado en el sillón con una «*Parabellum*» con silenciador y un mayor de la Interpol muerto sobre un charco de sangre cerca de sus pies.

CAPÍTULO II

El dardo helado golpeó el cuerpo de Charles Scorpio.

Para despejarse le agradaba una buena ducha de agua fría.

Cerró el grifo. Se secó con la amplia toalla y luego rasuró su rostro con meticulosidad. Necesitaba pensar sobre todo lo que había ocurrido la noche anterior.

Hacía calor en Roma y optó por ponerse un traje claro. Por último, abandonó la habitación y tomó el ascensor.

Ante la luz de llamada, el ascensorista se detuvo en su descenso en el piso siguiente, que correspondía a la planta cuarta.

Entró un hombre con sombrero claro con banda negra y un bigote en su rostro preocupado.

—Buenos días, inspector —saludó Charles con sonrisa irónica.

Benini abrió los ojos tan desmesuradamente como si dentro del ascensor se hubiera encontrado un elefante.

—¡Scorpio!

—Yo mismo. Creo que debe reconocermé, hace muy pocas horas que nos separamos.

—¿Qué hace aquí? —interrogó con un gruñido.

—Pues, estoy aquí cómo podría estar en cualquier otro hotel. Tenía que buscar un lugar donde hospedarme, ¿no cree? Su hospitalidad no es muy espléndida y he buscado la de este hotel, que está bien atendido.

—¿Y por qué este hotel, Scorpio?

—¿Qué le ocurre, inspector? Parece muy preocupado.

—¡Scorpio, no se haga el sueco! ¿Qué tiene que ver con lo ocurrido en la habitación ciento cuatro? —preguntó señalando con el dedo hacia arriba.

—Planta —anunció el ascensorista.

—Vuelva arriba —ordenó Benini al ascensorista—. Mi amigo y yo tenemos que charlar un poco más.

—Pero, señor, el ascensor está... —trató de protestar el empleado.

—¡Soy inspector de policía! —anunció mostrándole el carnet de tal forma que tapó los ojos del muchacho con él.

—Está bien, inspector.

La palanca se movió hacia el lado opuesto y el elevador subió de nuevo.

Charles ironizó:

—Esto se pone divertido... Hace tiempo que no estaba en un parque de atracciones.

—No sea jocoso, Scorpio. Vamos, ¿qué hace aquí?

—Ya lo ve, inspector; subir y bajar.

—¡Me refiero en este hotel! ¿Cuándo llegó, dónde se hospeda?

—Esto es todo un interrogatorio en regla, pero para que la policía romana no pueda decir que pongo trabas a su labor, le responderé inmediatamente.

—Eso espero —masculló Benini malhumorado.

El ascensorista miró a los dos hombres de reojo, pero sin osar intervenir.

—Esta madrugada he tomado aquí la habitación ciento quince. He descansado un poco, me he tomado una ducha, me he puesto ropa decente y ahora iba a salir a airear mis pulmones, acción que usted, y no demasiado cortésmente, me impidió ayer.

—¿Es que me toma por tonto? ¿Es que acaso va a decirme que no sabe nada de lo ocurrido en la habitación ciento cuatro esta noche?

—¿El hombre que han asesinado? —preguntó de pronto el ascensorista, interesado.

—¡Usted cierre la boca! —ordenó agrio el inspector.

—Vaya, ignoraba que hubieran matado a alguien. Mala popularidad para el hotel... Creo que habré de pensar en buscar nuevo alojamiento.

El ascensorista indicó:

—Estamos arriba, señor.

—¡Pues abajo otra vez! —Gruñó el inspector.

La palanca tornó a cambiar de signo radicalmente, pese a las insistentes llamadas que hacían desde distintos pisos los clientes del lujoso hotel romano.

—Inspector, parece que ustedes ansían complicarme en todos los sucesos habidos y por haber.

—Es que da la maldita casualidad de que siempre que hay un robo o un cadáver usted está demasiado cerca.

—Eso es el destino, qué le vamos a hacer.

—¡Scorpio, le advierto que si está complicado en esto de hoy, acabaré con usted para siempre y dejará de constituir un problema para mí y mis colegas!

El ascensor acababa de llegar a la planta y la puerta se abrió.

Charles se volvió hacia el malhumorado Benini y dijo sonriente:

—Cúidese, inspector. Tiene muchas ojeras y la última vez que se las vi a un amigo mío no tardó en morir.

Benini se lo quedó mirando e, inconscientemente, se tocó el rostro cerca de los ojos.

—¿Está de broma?

—No se apure demasiado, inspector, mi amigo tenía ya noventa años —dijo Charles sonriendo mientras salía del ascensor.

Varias personas se introdujeron en él y las puertas se cerraron mientras el policía pedía:

—¡Déjenme salir, déjenme salir!

Mas, no tuvo suerte. Las luces del camerín del ascensor proseguían su recorrido vertical.

Charles Scorpio se encaró con el conserje que se hallaba muy estirado tras el mostrador.

—Buenos días, señor Vally. —Introdujo la mano por debajo del mostrador y extrajo unas llaves, que tendió si americano.

—¿Son las del coche que he pedido?

—Sí, señor Vally. He logrado obtener un «Porsche», tal como usted ha solicitado.

—Gracias.

Le tendió un billete americano, que fue recibido con una larga sonrisa del empleado, que se apresuró a cobijarlo en su bolsillo para que no escapara.

Minutos más tarde, el fuerte sol romano convertía en una antorcha ardiente al «Porsche», que rodaba veloz por la ciudad, un coche color rojo fuego que llamaba la atención.

Charles Scorpio no pensaba darse una vuelta por las populosas calles del Trasteveres, sino que fue directamente a la Embajada

norteamericana, ubicada en el 121 de la elegante vía Veneto.

Penetró resueltamente en el edificio.

—No creo que el señor embajador pueda recibirle —objetó el secretario, un tipo pequeñajo, con gafas y boca de ratón, con acento de Minnesota.

—Está bien. Si no quiere decirle que estoy aquí, me presentaré yo mismo.

Charles Scorpio echó a caminar hacia la puerta donde, sobre el tapizado de cuero, unas letras rezaban:

«EMBAJADOR»

—¡Eh, aguarde, no puede hacer eso!

Frank J. Slatery se hallaba de espaldas a la puerta e inclinado sobre unos folios que reposaban sobre su mesa despacho.

Al oír abrirse la puerta, se volvió reconociendo inmediatamente a su visitante.

—¡Scorpio!

—Hola, embajador. Quería charlar un rato con usted.

—¡Señor embajador, se ha colado sin tomarme en cuenta! —protestó el secretario.

—Está bien, está bien... Regrese a su puesto.

El secretario hizo una reverencia y sonrió, no sin lanzar una mirada a Charles que no reflejaba amistad precisamente.

—Embajador, es usted muy amable por concederme algo de su tiempo —dijo Charles dejándose caer en una de las butacas que había en el suntuoso despacho.

—¿En qué nuevo lío se ha metido? Ayer noche tuve que hacer unas llamadas para que lo sacaran de una comisaría.

—Usted conoce la simpatía que me tienen los policías... En fin, para qué hablar. Como dicen los adolescentes de ahora, soy un incomprendido.

Slatery sonrió ligeramente. Como buen diplomático, era un hombre sagaz y si se sorprendía por algo, su rostro jamás lo delataba.

—¿En qué nuevo lío se ha metido, Scorpio? —repitió Slatery.

—Bueno, yo no me meto en líos.

—Si quiere emplear otro término, ¿en qué nuevo desaguisado lo han involucrado?

—Embajador, usted me conoce bien.

Slatery asintió con la cabeza.

—Sí, porque le conozco bien le aprecio, aunque me produce más de un dolor de cabeza, al igual que a mis colegas por los países donde pasa. Ya sé que no es culpa suya, pero tiene una vida tan agitada... Yo diría que es usted endiabladamente quijotesco y le gustan demasiado las faldas.

—Como a cualquier hombre que se precie de serlo.

—Sí, pero la mayoría lo disimulamos.

—A las mujeres les agrada el desafío, que se las provoque. En fin, embajador, no he venido para hablar de chicas.

—Lo imagino, no es ese mi tema favorito.

—Señor Slatery, creo que la política también es una chica de aspecto atrayente, con las reacciones y cambios de ánimo más inesperados.

Esta vez, el diplomático sonrió ampliamente.

—Una buena definición de la política. Por cierto, ¿ha venido a la tierra de Dante para deleitarse con las hermosas esculturas del país?

—No. Prometí una visita a un antiguo amigo mío. Bueno, la verdad es que me escribió para que viniera, pero no es éste el motivo por el cual estoy ahora dialogando con usted.

—¿Duda en decirme lo que trae *in mente*? —preguntó Slatery amablemente.

—Si le hago una pregunta a bocajarro, ¿me responderá también sin ambages?

—Depende de si está o no a mi alcance —dijo cauto.

—Veo que tendré que arriesgarme.

—Hágalo. Sea lo que sea, en todos los casos veré de ayudarle.

—Acepto su oferta.

—Pues ande, suelte su escopetazo.

—¿Qué hacía en Roma el mayor Sterling H. Lowell?

El rostro del embajador dejó de sonreír y la vista de Charles Scorpio percibió una ligera y casi imperceptible palidez en sus mejillas, una palidez que otra persona no hubiera captado.

—No me dirá que ha tenido algo que ver con su muerte...

—No tema. Si fuera culpable, no estaría aquí hablando con usted. Además, no tengo por norma eliminar a los buenos policías y menos a los de la Interpol.

—Pero ¿qué opina de esto la policía romana?

—De momento, nada. Ya sabe que tratan de colgarme el muerto de cuánto suceda, pero, por ahora, nada pueden hacerme. Bueno, el inspector Benini se ha interesado un poco por mí, ya que me hospedó en el mismo hotel donde ha sido hallado el cadáver del mayor Lowell.

—¿Es sólo una coincidencia que se hospede en el mismo lugar?
—preguntó escéptico.

Scorpio sacó el paquete de cigarrillos, que tendió al embajador. Éste cogió uno de los pitillos. Antes de responder, Scorpio le prendió fuego al suyo mientras el diplomático hacia lo propio.

—Alguien ha tratado de involucrarme en esta muerte. El asesinato de un alto oficial de la Interpol significaría mi eliminación total. Quizá no les interesaba yo como Charles Scorpio, pero sí como víctima propicia para endosarme el crimen y zanzar el asunto.

—¿Quiere decir que han tratado de inculparle del crimen?

—Algo así, pero, gracias a que el sueño no es mi debilidad, he escapado a tiempo de una trampa letal y todo se lo debo a una rubia despampanante llamada Judith.

—¿Una rubia despampanante llamada Judith? No la conozco. ¿Ha tenido algo que ver ella en la muerte del mayor?

—Eso todavía está por averiguar, pero lo que sí puedo decirle es que no tiene muy buenas intenciones.

—¿Qué sabe sobre ella?

—Pues esta madrugada me llevó al «Hotel Napoleone», donde se hospedaba el mayor Lowell. Luego, me condujo hasta la *suite* del mayor, cosa que yo desconocía.

—Claro, usted creía que era la de ella, ¿no?

—Lógico, ¿no le parece? ¿A quién le amarga un dulce? Le aseguro que la chica está hecha un bombón.

—Vamos, vamos, Scorpio, es muy interesante lo que me cuenta.

—Pues me quedé dormido y esta mañana, al despertar, he descubierto el cadáver del mayor frente a mis pies. Yo tenía una pistola con silenciador en mi mano.

—¿Quiere dar a entender que le narcotizaron para hacerle aparecer como culpable?

—Efectivamente. Ya le he dicho que mordí la carnada, pero he podido escapar a tiempo del cepo. Borré todas mis posibles huellas

y me hospedé en otra habitación del mismo hotel.

—¿Y la tal Judith?

—Se esfumó como un espectro. Según el conserje del hotel, allí no se ha alojado ninguna...

—Rubia despampanante llamada Judith —completó Slatery.

—Eso es, y también resulta significativo que no haya vuelto a ver la cara que vi en la conserjería ayer noche.

—Parece que lo tenían todo bien preparado.

—Eso es indudable, embajador, y como a mí me fastidia bastante que quieran meterme en un lío que puede significar cadena perpetua, he de descubrir qué hay tras de todo esto y encargarme de aplastar la nariz al asesino del mayor Lowell.

—¿Del asesino o de la asesina? —quiso concretar Slatery—. No se olvide de la rubia en cuestión.

—¡Si no la olvido! Estoy ansioso de encontrarla y charlar con ella largamente.

—No se haga ilusiones, Scorpio. Roma no es un pañuelo, aunque no sea como Nueva York, y hay rubias en cantidades industriales, nativas y turistas. No creo que mientras toma un café en una de las soleadas terrazas romanas pueda ir escrutando a todas las mujeres que pasen por delante de sus narices para identificar a esa Judith cuyo nombre, probablemente, será falso.

—No me hago tantas ilusiones, embajador, pero si usted me ayudara un poco diciéndome qué hacía el mayor Lowell en Roma, cuál era su misión, si es que la tenía...

Slatery adoptó una posición grave.

—La Interpol es un sistema policíaco y yo sólo soy un diplomático.

—Vamos, embajador, no soy ningún inexperto en esta clase de embrollos y sé perfectamente que usted está enterado de todo. El mayor no era un espía norteamericano, sino un policía internacional y por tanto no debía ocultar su identidad celosamente. Nada más llegar a Roma, lo que habrá hecho es ponerse en contacto con usted y me atrevería a asegurar que le explicó lo que había venido a averiguar.

—Bueno, algo sí sé. ¿Para qué engañarle? Sé que puedo fiarme de usted.

—¡Qué raro oír esas palabras! —comentó Charles irónico.

—Sé que no es ningún fuera de la ley. Ya le he dicho lo que opino de usted. Es endiabladamente quijotesco y el quijotismo es algo que la maquinaria policial y la del hampa no puede comprender.

—Pero ¿me dirá qué era lo que andaba buscando el mayor? —inquirió apremiante, sin dejar de fumar.

Slattery desvió sus ojos hacia el espeso cortinaje que ocultaba en parte el ventanal que daba a la bulliciosa vía Veneto.

—Creo que no me comprometo a nada y no falto a mis obligaciones si le digo que, internacionalmente, han habido unos sucesos muy extraños que trastornan lo mismo al mundo de la política que al de las finanzas.

—Déjeme adivinar, embajador.

—¿Cree poder hacerlo?

—Usted ha dicho que hay unos sucesos que preocupan lo mismo a la policía internacional que a las finanzas, unos sucesos que se vienen produciendo desde hace un par de años con harta frecuencia. Eso me suena a lo que la Prensa amarilla, con títulos sensacionalistas, denominaría: «Oleada de suicidios».

—Eso es, oleada de suicidios. Unos suicidios perfectos, irrefutables, y así han sido considerados en todos los países donde han ocurrido. Dos ministros, cuatro embajadores, entre ellos uno plenipotenciario, seis financieros, dos secretarios de ministerio, etc., etc... Todos en las naciones más diversas, tanto en el bloque comunista como en el mundo occidental. Oleada de suicidios... Surgen problemas en algún sector, político o económico, y de pronto, alguien muy allegado al caso, cuando no el responsable, aparece suicidado.

—Por lo poco que he seguido estos casos, creo que no ha habido puntos de contacto entre ellos. Dos murieron de tiro de pistola, tres ahorcados, dos ahogados y el resto de las formas más dispares, desde la caída desde un edificio alto a cortarse las venas dentro de una bañera.

—Es cierto, Scorpio, no ha habido puntos de contacto en el modo de operar, al menos aparentemente.

—¿Hay algo que podría decirme sin faltar a sus obligaciones de embajador, de hombre cauto y reservado, algo que no viole ningún secreto de Estado?

—Verá, de momento este caso no pertenece única y exclusivamente a nuestro país, no, es un caso internacional. La propia URSS emplea a varios de sus hombres para investigar. Algunos otros países consideran que no vale la pena hacerlo, que creer que no se trata de suicidios es pura fantasía.

—¿El mundo de la Prensa no ha insinuado la posibilidad de que se tratara de asesinatos montados con el decorado del suicidio?

—No, porque sólo unos pocos creen en esa posibilidad nada concreta. Sin embargo, la muerte del mayor parece darle algo más de fundamento.

—Pero el mayor investigaría por algo, ¿no?

—Verá, los occisos tenían todos algo en común.

—¿El qué?

—Una ligera marca, casi imperceptible algunas de las veces, en medio del vello del cuerpo, por debajo del pelo de la cabeza; en fin, en lugares no corrientes.

—¿Para dar inyecciones, quiere decir?

—Exacto.

—De modo que se supone que todos los muertos han sido inyectados con algo, lo mismo puede ser un narcótico que una droga que les obligue a obedecer el mandato de extraños que les han abocado al suicidio.

—Bueno, ésas son las suposiciones que se ha hecho la Interpol y al parecer el mayor Lowell seguía una pista al venir a Roma, una pista que por lo sucedido era certera.

—¿Qué pista era ésa?

—Eso sí que era secreto profesional suyo y nadie va a contárselo, Scorpio. Usted no pertenece a la policía y mucho menos a la Interpol.

—Creo que deberé conformarme con lo que sé.

Charles se puso en pie con aire pensativo. Slatery le miró amigablemente.

—Scorpio, creo que si ha pensado en meterse de lleno en este asunto, lo mejor será que se olvide de él. No es cosa suya y tendría problemas si causa dificultades a los agentes oficiales.

—Embajador, sólo estoy en Roma para pasar unas vacaciones con un amigo. Creo que tengo derecho a ir de una parte a otra.

Slatery era un hombre inteligente y sabía que Charles Scorpio ya

no se echaría aunque le sería más fácil ayudarle a salir de algunos apuros que ponerle obstáculos en su camino.

—No conseguirá nada. Usted no puede ser mejor que toda la policía internacional. No quiero ofenderle, pero no puede pretender ser un superhombre.

—Es que yo no trato de ser tal cosa —replicó sonriente tras expulsar una bocanada de humo de aquel cigarrillo que se consumía entre sus dedos—. Lo que sí pretendo es averiguar quién es Aldo Cobianchi.

—¿Aldo Cobianchi? —repitió extrañado—. ¿Acaso conoce al duque?

—Vaya, con que el tal Cobianchi es un duque.

—Y con mucha influencia en la política y las finanzas.

—¿Y no le dicen nada sus propias palabras? —inquirió Charles Scorpio irónico.

—Vamos, vamos, tiene usted una mente muy calenturienta. Aldo Cobianchi es un aristócrata sin tacha y un gran anfitrión.

—¿Celebra muchas fiestas?

—Sí, pero no vaya a pensar en la tan traída y llevada *dolce vita* romana.

Charles rió.

—Yo viajo mucho, embajador, y no me dedico a ver el mundo a través de lo que nos presentan en el celuloide.

—Bien, Scorpio, lo único que puedo decirle sobre Aldo Cobianchi es que tiene una de las mejores villas o castillo, como quiera llamarlo, junto a la Strada del Sole, kilómetro seis. Esta noche dará una de sus habituales recepciones.

—¿Se conoce con qué motivo? —preguntó sarcástico.

El diplomático sonrió.

—El motivo es lo de menos. Puede que pongan una medalla a cualquier actriz o cantante, algún ingeniero que vaya a dar un discurso o que una chica se ponga de largo. Lo importante es que a estas reuniones acudimos los diplomáticos residentes en la capital italiana y nos sirve para hacer contactos y sondear ambientes.

—Eso quiere decir que usted asistirá.

—Sí, pero lo lamento, no podré darle ninguna invitación. Cobianchi es un hombre muy exigente y elige minuciosamente a sus invitados. Si no hay invitación personal, no hay entrada.

—Por eso no se preocupe. Si me interesa la reunión, lo cual decidiré más adelante, cuando haya hecho una visita, iré.

—¿Y la invitación?

—Es lo de menos.

—Scorpio, que no vaya a tener que sacarlo otra vez de la comisaría.

Mas Charles Vally ya no le oía. Pasaba ante las antiparras del secretario de Embajada que le miró con envidia al comprobar que las tres secretarias que allí había seguían con ojos encandilados al dinámico tejano.

CAPÍTULO III

En el centro de la pista del *night club* Pizzicore, dos danzarinas etíopes se contorsionaban al compás de un conjunto de tambores que aceleraban y disminuían la cadencia del ritmo.

Mientras las manos golpeaban rítmicamente los bongos, haciendo vibrar sus pieles tensas, las etíopes mostraban las gracias con que las había dotado la madre naturaleza. Sus labios entreabiertos, en respiración levemente agitada, dejaban al descubierto unas dentaduras blancas y perfectas.

Gardner, el camarero de mirada maliciosa y actitud servil, atendía solícitamente las mesas.

—Inmediatamente les traigo el champaña —dijo a la pareja de turistas ingleses que, amartelados, miraban más sus respectivas pupilas que a las bailarinas envueltas en la luz roja.

Gardner estaba acostumbrado a avanzar entre las mesas, pese a la escasa claridad ambiental, y no tenía que tantearlas como hacían la mayor parte de los recién llegados al local.

—¡Camarero, atiéndame! —ordenó una voz a pocas pulgadas de su oreja.

Gardner se sintió cogido por el brazo y arrastrado a un rincón donde la oscuridad era casi completa.

—¿Eh, es esto? ¡Suélteme!

—Cuando me cuentes una historieta que sólo conozco a medias —gruñó Charles Scorpio.

Los ojos de Gardner, habituados a la semioscuridad del club, identificaron al hombre, mas lo disimuló hábilmente.

—¡Yo no sé nada! ¡Suélteme o tendré que llamar para que le echen del local!

—Apuntando a tu hígado tengo una navaja tan afilada que podrían afeitarme con ella, de modo que te conviene hacerme caso. Tú eres extranjero, ¿verdad?

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver? —preguntó preocupado y manteniéndose quieto. Ciertamente, notaba una presión sobre su hígado, aunque nada veía.

—Claro, el club es importante y precisa camareros de todas las nacionalidades para tratar especialmente con los turistas.

—Sí, eso es.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Qué importa mi nombre?

—Vamos, suéltalo —apremió Scorpio haciendo más presión sobre el hígado del camarero, al que retenía en aquel ángulo oscuro.

Las danzarinas etíopes se retiraron coreadas por una salva de aplausos. Instantes después, la orquesta atacaba una pegadiza melodía italiana y un muchacho joven, con camisa color de rosa y ajustados pantalones negros, se colocó ante el micrófono.

—Me llamo Gardner y ahora, déjeme ir. Puede costarle caro lo que está haciendo.

—¿Ah, sí? Vaya, qué mala suerte. Hoy no me he desinfectado contra las malas pulgas de los demás. Bien, Gardner, un tipo como tú, que ha salido del barrio latino de Chicago...

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se te nota en el habla, imbécil. Tú y yo vamos a ser amigos o enemigos, como prefieras, pero te advierto que yo también tengo malas pulgas y a ti te va a ser muy difícil encontrar un desinfectante que termine con ellas, a menos que esté cargado de plomo.

—¿Qué quiere de mí? ¡Dígalo de una vez!

—¿Quién era la chica que me trajo ayer aquí? La rubia llamada Judith.

—Yo, yo no recuerdo...

—Sí la recuerdas y harás memoria o mañana sacan tu nombre remarcado en negro y con una crucecita encima.

—Está bien... Sí, les vi ayer juntos, pero a ella no la conozco, lo juro.

—No jures tan aprisa, pareces italiano en vez de norteamericanos, aunque me jugaría el cuello que tus padres son de Sicilia y ese nombrecito de Gardner te lo has sacado de la manga.

—Está pisando terreno peligroso —gruñó el camarero.

—¿Acaso perteneces a la Mafia?

—No, no soy de la Mafia —denegó Gardner apresuradamente.

No veía la manera de escapar y temía sentir de un momento a otro el frío y el calor de un navajazo.

La gente reía ya sin recato ante las posturas del joven cantante que se abanicaba los ojos con unas pestañas ostensiblemente postizas.

—Si le digo lo que sucedió, ¿me soltará?

—Sí.

—Pues la mujer, cuando fue al tocador, me dio diez mil liras y un sobre con unos polvos.

—Que debías poner en mi bebida.

—Sí, eso es.

—Podías haberme envenenado.

—No creí hacer nada malo. Es muy corriente que las *sgualdrinas* droguen a sus acompañantes; bueno, en realidad no es una droga, sino unos polvos inofensivos que sólo ponen un poco de calor en la sangre a los excesivamente fríos. ¿No lo pasó bien con la rubia?

—¿Qué ocurre, Gardner? —preguntó de pronto una voz ronca junto a ellos.

Charles miró al hombre, que vestía un *smoking* intachable y que pese a la semioscuridad reinante cubría sus ojos con unas gafas oscuras de corte completamente circular y montura de platino.

—Este hombre... —indicó el camarero. Mas no terminó de hablar.

—Eres magnífico, Gardner —sonrió Scorpio cínicamente—. Te he prometido algo y has hablado. Ahora, debes cobrar.

—¿Qué le has dicho? —preguntó el desconocido con voz tan fría que Gardner la sintió como una cuchillada.

—No le he dicho nada, yo no quiero ese dinero.

—No me lo desprecies.

—¡Es mentira, *signore* Esvensotti! ¡El me estaba intimidando con una navaja!

—¿Una navaja, yo? —repitió como el más santo entre los santos—. Que me registren. No llevo ninguna clase de arma encima, aparte del dinero. Ya te he pagado y ya no tengo más que hacer aquí.

Se alejaba cuando el tal Esvensotti le retuvo por el brazo.

—Aguarde, amigo.

—Quíteme la mano de encima —ordenó con voz dura el norteamericano.

—Se cree muy listo, ¿eh? —sonrió desdeñoso el tipo que parecía tener dos circunferencias oscuras por ojos.

—Lo siento. No acostumbro a repetir que me quiten la mano de encima.

Antes de que el italiano pudiera reaccionar y Gardner intervenir, Scorpio le propinó dos golpes perfectos y silenciosos de karate. Nadie le vio moverse excesivamente, pero Esvensotti sintió que el hígado se le retorció de dolor y su lucidez se disipó al notar la falta de riego sanguíneo en el cerebro, pues el segundo impacto le había alcanzado puntos vitales de la base del cuello.

—Sostenlo —ordenó a Gardner.

Éste, por inercia, obedeció mientras Charles se alejaba rápidamente hacia la salida antes de que los matones a sueldo del club intervinieran en el asunto.

No tenía deseos de pasarse un par de meses en el hospital soldando sus huesos. Sabía bien cómo las gastaban los matones a sueldo cuando una víctima caía entre sus manazas.

El *show* prosiguió en el *night club* Pizzicore. Apenas si alguien notó que un hombre parecía mareado y no precisamente de alcohol.

El «Porsche» rojo rodó de nuevo por las vías romanas, pasando entre palacios barrocos y ruinas imperiales, millares de veces fotografiadas.

Dejó atrás el bullicio de Roma y enfiló por la Autostrada del Sole, la autopista que atravesaba verticalmente la península itálica.

Ante él vio un automóvil con matrícula germana y que no llevaba las siglas de cuerpo diplomático.

Charles sonrió al ver que el coche alemán disminuía la velocidad. Estaban llegando al kilómetro seis y una desviación a la derecha rezaba:

«PROHIBIDO EL PASO. CAMINO PARTICULAR»

La salida de aquella carretera que conducía a la mansión del duque Cobianchi, atravesaba con un túnel la autopista, evitando así cruzarla, lo cual estaba rigurosamente prohibido.

El auto germano se introdujo por el camino particular. Dentro

de él sólo iba un ocupante. Charles le siguió pensando que la noche se le presentaba con suerte, aunque aún quedaban muchas horas y podía terminar fatídicamente.

La mansión resultaba un intermedio entre castillo y palacio.

Tenía almenas cónicas, pero Charles, pese a ser de noche y a distancia, hubiera jurado que la construcción era moderna, aunque probablemente siguiendo planos del siglo XVII y aplicándole las modernas técnicas del acero y el hormigón para darle mayor solidez.

Charles pisó el acelerador y el ligero y rápido «Porsche» adelantó al sobrio automóvil germano. De repente, quedó atravesado en medio de la carretera particular antes de llegar a la gran verja que cerraba el muro que circundaba la lujosa villa.

—Eh, ¿qué le sucede? —preguntó el alemán sacando la cabeza por la ventanilla.

El norteamericano saltó de su coche con expresión sonriente.

—¡Hola, Karl! ¿Cómo tú por aquí?

El alemán, que semejaba no tener cuello, pues la cabeza parecía unida directamente al tronco, quedó perplejo.

—Yo no soy el Karl que usted dice.

—Pero, Karl, ¿no te acuerdas de mí? —le dijo echándosele encima con la mejor de sus sonrisas.

Rápidamente, le propinó un golpe en la frente y otro en la mandíbula de abajo arriba que sumió al teutón en un sueño profundo.

Charles empujó al hombre dentro del coche y regresó al suyo cuando pasaban junto a ellos un par de automóviles correspondientes a los invitados del duque Aldo Cobianchi.

Charles se apresuró a esconder su «Porsche» en la maleza y regresó corriendo al auto del alemán. Sabía cómo golpear y estaba seguro de que el germano tenía sueño para rato.

Lo sacó del coche junto con una manta y lo metió bajo unos setos. Tras arrebatarse la tarjeta de invitación de su bolsillo, lo tapó cuidadosamente.

—*Herr* Reinhold Fikenbeisser... Bueno, creo que me vale.

Se introdujo en el coche alemán y siguió el camino hacia la villa.

La gran verja estaba abierta. Tras él, dos coches más rasgaban la noche con sus potentes faros.

—¿Su invitación, *signare*? —le pidió el guardián, acompañado por dos hombres vestidos correctamente de *smoking*.

Un *doberman* gruñía incansable no muy lejos, sujeto a una cadena.

—Sí, enseguida —asintió sonriente y con marcado acento alemán.

Uno de los dos hombres de *smoking* revisó la tarjeta y el guardián le miró. El de paisano asintió con la cabeza, devolviéndole la invitación.

—Puede pasar, *herr* Fikenbeisser.

La carretera interior del parque amurallado tendría como media milla. A ambos lados quedaba un bosque de arboleda heterogénea y rebuscada, un verdadero jardín botánico donde se daban cita las más preciadas especies. Crecían entre los mimos más cuidadosos, incluyendo calefacción subterránea para las especies tropicales.

Detuvo el automóvil en la puerta principal y entregó las llaves del mismo a uno de los empleados del aristócrata italiano que se encargó de colocarlo en la zona de aparcamiento.

La entrada estaba profusamente iluminada y Charles tuvo que mostrar de nuevo su tarjeta para que le fuera franqueado el paso.

«Parece que aquí es muy riguroso eso de “reservado el derecho de admisión”», pensó.

Se introdujo en el gran salón, todo luz, decorado con recargado estilo barroco y con profusión de cuadros, tapices y lámparas monumentales.

Los techos eran muy altos, como correspondía a tan regia estancia, y había dos hileras de ventanales. Una a nivel de las personas y la otra alta, con vidrieras polícromas en el más puro estilo veneciano.

Un lacayo con librea y peluca pasó junto a Scorpio y le mostró la bandeja repleta de copas. El norteamericano cogió una de champaña, tomando un sorbo al tiempo que observaba el ambiente por encima del cristal y las burbujas.

Las féminas lucían caros modelos de noche y gran cantidad de joyas. Los hombres, frac o *smoking* como el que llevaba Charles, quien de antemano estaba seguro de poder entrar en la mansión del receloso Aldo Cobianchi, al que aún no conocía.

Muchos países estaban representados en la fiesta en la persona

de sus embajadores, quienes destacaban con sus indumentarias.

Con la copa en la mano, Charles se mezcló con la gente mientras escuchaba la música suave que interpretaba una pequeña orquesta situada en un palco.

No tardó en descubrir la figura sobria y elegante de Frank J. Slatery, el embajador estadounidense, que conversaba con un sujeto adiposo cuyas mejillas colgaban a ambos lados del rostro, de forma similar a las de un *bulldog*.

Su mirada expresaba desconfianza y su cabello era escaso, lacio y estaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente abultada que a Charles se le antojó deforme.

—Buenas noches, embajador.

Slatery se giró complaciente. Ignoraba todavía quién acababa de acercársele, pero al reconocer a Scorpio tuvo que emplear todas sus dotes de disimulo para no poner de manifiesto su estupefacción.

—Hola, Scorpio.

El sujeto adiposo del frac miró inquisitivamente la figura alta y delgada del tejano.

—¿Se divierte, embajador?

—Oh, sí, muchísimo —replicó Slatery tratando de contener su sonrisa ante la sorpresa mal disimulada de su acompañante—. Si no se conocen, voy a presentarles. Charles Scorpio y el duque de Cobianchi, el anfitrión de ésta, como siempre, magnífica y fastuosa fiesta.

—Gracias por sus amables palabras, embajador. En cuanto al señor Scorpio —dijo en un perfecto inglés, como si lo hubiera aprendido en Oxford o Cambridge—, no tenía el gusto de conocerle hasta ahora.

—Y yo tampoco, duque —respondió llevándose la copa a los labios—. Sin embargo, bebo de su cosecha vinícola, seguramente. Un champaña excelente.

Aldo Cobianchi no perdía la calma, pero el embajador norteamericano presentía que el aristócrata estaba más que intrigado y molesto por la irrupción del inesperado personaje.

—Celebro que le guste mi champaña. Ahora, me agradecería aclarar algo que me tiene intrigado, señor Scorpio.

—Soy todo oídos, puede preguntar. Después de todo, está en su casa.

El embajador lanzó una mirada reprobatoria a su compatriota. En ella le pedía que dejara de provocar a Cobianchi de un modo tan abierto.

Charles captó el mensaje de Slatery, pero hizo caso omiso. Seguía su plan.

—Si no nos conocíamos con anterioridad, ¿cómo es que le he enviado una tarjeta de invitación a esta fiesta?

—El duque quiere decir que él mismo se encarga de seleccionar a sus invitados y...

—Sí, claro, embajador, sé perfectamente lo que quiere decir el duque —cortó Scorpio.

—Entonces, ¿por qué no aclara su situación aquí? No obstante, siendo amigo del embajador de los Estados Unidos, siempre será bien recibido en mi casa. —Terminó sus palabras con una ligera inclinación que ocultaba más amenaza que amabilidad.

—Verá, duque. *Herr* Fikenbeisser, gran amigo mío, tenía que asistir esta noche a la fiesta.

—¿*Herr* Fikenbeisser? Sí, en efecto, yo mismo me encargué de recomendarle a mi secretario que lo tuviera muy en cuenta —observó Cobianchi.

—Un financiero muy estimable —opinó Slatery, que también lo conocía.

—Pues *herr* Fikenbeisser se encuentra indispuesto y me ha rogado que viniera en su lugar para excusarle por su ausencia. Me ha entregado su tarjeta de invitación, que me ha abierto las puertas de su fastuosa mansión.

—¿Le ha dado su invitación personal? —repitió incrédulo.

—Sí, aquí la tengo. —Y le mostró la tarjeta que Cobianchi no dejó de leer.

—Sí, es cierto. ¿Y qué ha dicho que le sucede a *herr* Fikenbeisser?

—Pues no se siente muy bien. Lo he dejado tapado con una manta y cuando termine la fiesta pasaré a ver cómo se encuentra. Espero que haya mejorado y no se sienta muy molesto por no haber podido asistir a su fiesta, duque.

—Sí, eso espero. Ahora, *signare* Scorpio, siéntase como en su casa. Si me disculpan, iré a atender a los demás invitados.

—Cómo no —respondió el embajador.

Los tres hombres se hicieron mutuas inclinaciones de cabeza y el aristócrata italiano se deslizó sobre el suelo marmóreo como una pelota de sebo. Se alejó perdiéndose entre sus escogidos invitados, lo mejor del mundo diplomático, político y financiero de la capital italiana.

—Un tipo muy singular el duque —comentó Charles tras comprobar que su copa estaba vacía.

—Scorpio, ignoraba que conociera a *herr* Fikenbeisser —dijo Slatery.

—Yo también.

—¿Cómo, qué ha sucedido entonces? ¿De dónde ha sacado la invitación?

—Vamos, vamos, ya le he dicho que lo he dejado tapado con una manta. Espero que no se enfríe. Ahora, dígame quién es aquella mujer.

Slatery lanzó un resoplido. No cabía duda de que Scorpio se había mecido de nuevo en líos.

Sin embargo, creyó oportuno no comenzar una diatriba contra su compatriota y optó por mirar a la fémina que le indicaban.

La belleza de aquella mujer era indudable.

Cabello negro, espeso, largo, grandes ojos oscuros y labios generosos color cereza.

Lucía un modelo con minifalda que contrastaba con la regia decoración. La mayoría de las muchachas jóvenes que había en la fiesta vestían también a la última moda, aunque parecía que el ambiente fuera idóneo para utilizar miriñaque.

—¿Se refiere a la joven que está hablando con el rector de la Universidad?

—Sí, si el director de la Universidad es aquel anciano de bigote blanco y cabello ralo.

—¿Qué tiene que ver con ella, Scorpio?

—Sólo quiero saber quién es. Es muy hermosa, ¿no opina lo mismo?

—Para mí, todas las mujeres son hermosas —dijo grave Slatery. Miraba receloso a su compatriota, como quien observa a un niño esperando de él una travesura más audaz que las anteriores.

—Pues para mí, las italianas tienen un encanto especial residente en ciertas redondeces.

—Se trata de la baronesa Mesalia.

—¿Baronesa Mesalia? No me diga que un bombón como ése ya está en poder de algún tipo adiposo con una corona en su tarjeta de visita...

—Scorpio, no sea tan mordaz. Olga...

—Ah, ¿se llama Olga? Bonito nombre —dijo escrutando el rostro femenino hasta tal punto que la mujer se percató de ello. No obstante, procuró disimularlo.

—Sí, Olga Mesalia, y es viuda del barón de Mesalia.

—¿Viuda ya? Por todos los santos, va de prisa el bombón...

—Un bombón todavía intacto.

—¿Intacto? No le entiendo, embajador.

—La baronesa Mesalia es hija de un patricio napolitano y madre rusa.

—¿De ahí parte el nombre de Olga?

—Es posible.

Charles, intrigado, insistió sobre lo que había oído:

—¿Y lo de intacto?

—Su padre, un hombre muy interesado, la casó por poderes cuando Olga era prácticamente una niña. Sólo conoció al barón por fotos.

—¿Cómo murió?

—Suegro y yerno, aunque se diera la paradoja de que el yerno llevaba unos años de edad al suegro, se precipitaron por un barranco en una carretera siciliana.

—¿Y Olga quedó a merced de su madre?

—Bueno, hay algo que no me ha preguntado.

—¿El qué?

—Pues, ¿por qué se casó por poderes si el barón estaba en Italia?

—Imagino que ella estaría fuera, quizá en Rusia.

—Exacto. La chica nació en Italia, pero cuando su padre intentó casarla para emparentar con el barón de Mesalia, su madre se la llevó a Rusia.

—Digamos que su esposo opinó que había sido raptada.

—Sí. La madre de Olga luchó contra esa boda y se habló de que se interesó profundamente por el comunismo, regresando a su país natal. Allí acabó de educar a su hija, pero tuvo un fracaso.

—¿Cuál?

—Pues que el comunismo no estaba hecho a su medida. No se puede abrazar de un modo radical una idea que es contraria drásticamente con otra. Saltó de la monarquía al comunismo, pero se olvidó de que dentro del alma quedan muchas cosas grabadas que sólo se pueden borrar en una criatura.

—Por ejemplo, creer en Dios.

—Quizá, aunque desconocemos los verdaderos motivos. Las autoridades soviéticas lo han silenciado y los derechistas y monárquicos italianos no se han molestado en preguntar. Lo único cierto es que la madre de Olga está en un campo de trabajo para prisioneros políticos.

—Por lo visto, Olga logró atravesar la barrera del telón de acero.

—Sí, por Berlín. La ayudaron a escapar y, como era lógico, tomó posesión de la herencia de su marido, ya que su padre sólo le había dejado deudas. Naturalmente, la familia de él se opuso, mas nada consiguió. La baronesa de Mesalia no posee una gran fortuna, pero sí tiene una villa en Palermo, una casa en Nápoles capital y un centro deportivo aquí en las afueras de Roma. Los chicos y chicas de las mejores familias romanas van allí a practicar la equitación, el tenis y otros deportes.

—¿Y la entrada también es rigurosísima como aquí? —preguntó burlón.

—Sí. El propio Aldo Cobianchi lleva sus asuntos. Siempre se les ve juntos.

—No me diga que acabará en boda.

—A nadie le extrañaría. Por supuesto, la fortuna de Cobianchi es muy superior. No se sabe cómo, pero aumenta sus ingresos de una forma constante. Ella es aristócrata por herencia de su marido y, además, muy hermosa.

—Embajador, me ha convencido.

—¿De qué?

—Pues de que tengo especial interés en conocer a la baronesa Olga de Mesalia. Hasta ahora, embajador.

—¡Espere, Scorpio, es terreno vedado!

—Para Scorpio no hay terreno prohibido, embajador. Discúlpeme. Luego, si nuestro anfitrión no lo impide, continuaremos charlando.

Y se alejó hacia la hermosa que parecía estar recibiendo la

ciencia del anciano rector de la Universidad.

CAPÍTULO IV

—¿Cómo lo estás pasando, Judith?

La mujer se volvió con un reflejo de asombro en sus grandes y hermosos ojos. Miró a Scorpio que la contemplaba directamente y respondió:

—Creo que se equivoca. Yo no me llamo Judith.

—Oh, no, se llama Olga y es la baronesa de Mesalia.

El rector de la Universidad suspiró. En tono amable y comprensivo dijo:

—Creo que ya la he aburrido demasiado con mi charla excesivamente erudita, baronesa. Es lógico que un joven como el presente ocupe mi puesto junto a usted.

—¡No, no se marche! —pidió ella como temerosa de quedarse a solas con Scorpio, pese a estar rodeada de gente.

—Vamos, vamos, hijita. Este jovencito no se la va a comer y es usted la viuda más joven y casadera de toda Europa. —La golpeó amablemente en la mano y se alejó, haciéndose ambos hombres una mutua reverencia.

—Un hombre muy comprensivo. No entiendo cómo los estudiantes están siempre rompiendo los cristales de las ventanas de su despacho.

—Creo que usted y yo no tenemos nada que hablar —observó Olga con una sonrisa fría pero distante.

Su talle ajustado ponía de relieve el busto pronunciado y juvenil. Pese a ir a la moda, no perdía un ápice de elegancia. Era algo innato en ella.

Como sin querer, Charles le cortó el paso con su cuerpo, reteniéndola junto a la larga mesa repleta de canapés, bebidas y lámparas eléctricas tipo candelabros que iluminaban profusamente las viandas.

—Déjeme pasar.

—Mira, cariño —comenzó con su desparpajo habitual—, es seguro que tú te llamas Olga y eres la baronesa de Mesalia, pero lo importante es que también fuiste la Judith que me drogó anoche.

Ella enarcó las cejas y lo miró de arriba abajo.

—¿Que yo le drogué? ¿Está loco?

—Podría decir que me drogué con tu belleza, pero lo cierto es que no he venido a hacer de Romeo, sino a pedirte cuentas.

—Yo no le conozco. Haga el favor de dejarme pasar o...

—Harás que el bola de sebo con título de duque me eche del salón.

—¡Es usted un grosero!

—Creo que los norteamericanos no comprendemos muy bien esto del trato aristocrático y menos los tipos como yo, pero tampoco me agradan las mujeres que no por belleza, sino por encubrirse, se tapan el cabello normal con una peluca, se cambian el nombre y emplean todas estas triquiñuelas para cometer un crimen.

—¿Qué está diciendo?

—Vamos, vamos, deja de tratarme de usted. No soy ningún lacayo con librea para que me mires de arriba abajo con tanto desdén para sostener tu máscara. Tú me drogaste, me lo ha confesado Gardner, el empleado del club, y luego me llevaste al hotel Napoleone. Allí trataste de cargarme un asesinato cometido fría y premeditadamente.

—¿Un asesinato? ¡Yo no he matado a nadie! —replicó tenaz pero sin alzar la voz.

Intentó escapar al acoso de Charles Vally, pero éste la sujetó por el brazo.

—Espera, no te marches.

—¡Suélteme, me hace daño!

—¿Por qué mataste a balazos al mayor Lowell, de la Interpol, y luego pusiste el arma homicida en mi mano?

—¡No se trataba de asesinar a nadie, no es cierto que...!

Al protestar de modo vehemente, Olga habló de más y al percatarse de ello se cubrió la boca con la mano. Inmediatamente bajó la vista sintiéndose culpable.

—Eso está mejor, cariño, es el primer paso. Ya te mereces un beso... Si no fuera porque estás rodeada de gente que se escandalizaría y porque ignoro si besaría a una asesina o a una

terrible ingenua, te lo daría ahora mismo.

—Cállese, por favor.

—De tú, cariño.

—Está bien, ya me has descubierto, pero nada podrás probar. Lo negaré todo, absolutamente todo. Yo no sé nada.

—Sólo sabes que me drogaste y me llevaste al hotel.

—No quiero hablar de nada ahora. Hay mucha gente aquí y si...

—Cobianchi se entera, podrían surgir muchas dificultades.

—Está bien, tú ganas, pero ahora no y créeme, te digo la verdad de que no sé nada del asesinato de que me hablas.

—¿No lo han traído los periódicos?

—Yo no he leído nada y tampoco lo he oído.

—Es muy posible. Los crímenes que se cometen dentro de los hoteles, para que éstos no adquieran una popularidad fatídica, procuran silenciarlos y más en este caso que ha sido asesinado un alto funcionario de la Interpol que seguía una pista importante, quizá la de Aldo Cobianchi.

—No hables más. Pueden oírte y es muy peligroso todo esto.

Los murmullos generales y la música de la orquesta impedían que sus palabras fueran escuchadas por el resto de los reunidos.

Charles tomó dos copas y puso una de ellas en la mano casi sin fuerzas de Olga, que parecía anonadada por lo recién escuchado de labios del norteamericano.

—Bebe un poco de champaña, cariño. Te hará bien y no te preocupes, yo no soy de la policía, aunque pienso poner las cartas boca arriba. No me hizo ninguna gracia que quisieran empapelarme para toda la vida a trabajos forzados por un asesinato que yo no había cometido.

—Es todo tan confuso...

Charles Vally miró hacia la puerta principal y vio al tipo que golpeara en el Pizzicore, el de las gafas oscuras de cristales redondos, y a tres sujetos más que, correctamente vestidos, no dejaban de ser unos gorilas.

Luego, miró hacia las otras puertas y en cada una de ellas aparecieron dos tipos de características similares.

—Esto se pone feo, cariño.

—¿El qué? —preguntó Olga.

—Fíjate en las puertas. ¿Conoces a las parejas de gorilas que las

custodian?

Ella observó puerta por puerta y dijo:

—Son hombres de Cobianchi. Los que cuidan de su palacio y negocios.

—Y el de las gafas, que está en la puerta principal, es el que controla el *cabaret* del duque, que seguramente no lo tendrá inscrito a su nombre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Es fácil de suponer. A ese tipo he tenido el gusto de hacerle unas caricias apenas hace un par de horas y supongo que querrá devolvérmelas.

—Charles, creo que te estás jugando la vida.

—Eso mismo me dijo la comadrona cuando me separó de mi madre. Fue un alumbramiento muy difícil. Yo he nacido en este perro mundo con el signo de la fatalidad. Sólo me ha ocurrido una cosa buena en toda mi vida.

Olga, interesada, pues el hombre la atraía sin haberse dado cuenta, preguntó:

—¿Y qué es ello?

—Ver tu hermoso rostro y, no es que desprecie lo que hay debajo de tu cabeza, ni muchísimo menos; es magnífico.

—Vamos, Charles.

—Ah, perdón, olvidaba que estaba hablando con una baronesa. Por cierto, ¿cómo sigue tu madre en Rusia?

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Lo que todos, que está en un campo de trabajo por no compartir las ideas marxistas. En los Estados Unidos ser comunista es fatídico. En Rusia, ser demócrata cristiano es funesto y ser monárquico en China, resulta peor. Las creencias políticas no son malas, sólo hay que tener en cuenta el país en que se vive.

—Toda una filosofía —respondió ella bebiendo un sorbo de champaña, ya más tranquilizada.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de marcharme, aunque me temo que los de la puerta pensarán que no debo tener tanta prisa.

—¿Quieres decir que te pondrán dificultades?

—Estoy seguro. Al duque no le ha sentado muy bien que entrara

aquí sin invitación expresa suya.

—¿Cómo has entrado, entonces?

—Con la tarjeta de un alemán llamado Fikenbeisser. Por cierto, ahí entra por la puerta. Al parecer, ha dormido muy poco.

Efectivamente, en aquel momento el germano irrumpía en la fiesta.

Tenía un aspecto inseguro y su faz estaba pálida. Buscaba con odio una figura.

Aldo Cobiانchi se le acercó y le tendió la mano hablando con él.

Al descubrir a Charles, el alemán hizo una mueca de triunfo y lo señaló con el dedo, sin miramientos.

—Cariño, ya nos veremos en otro momento. Ahora tengo que desaparecer y cuanto antes mejor. El cielo se ha cubierto de nubarrones y me temo que va a caer un fuerte chaparrón. Va a calarme hasta los huesos, a menos que me ponga a cubierto.

Olga comprendió la metáfora, pero ¿cómo iba a salir del gran salón si estaba disimulado pero fuertemente custodiado?

—Aproxímate a la mesa pero no te vuelvas, cariño. Quiero que crean que voy a deleitarme cogiendo un canapé.

—¿Y qué vas a hacer?

—Gastarles una pequeña broma.

—Pues tendrás que darte prisa. Aldo y dos de sus hombres vienen hacia acá y no sonriendo, precisamente.

Charles tomó una de las servilletas de celulosa y cubrió su cuerpo con Olga para que no vieran lo que hacía.

Envolvió una de las bombillas estilo palmatoria. La desenroscó rápidamente, apartándola del candelabro eléctrico donde lucían otras cuatro más. Sacando una moneda de pequeño tamaño, la dejó caer en el interior del hueco dejado por la bombilla.

La moneda metálica sufrió unas contracciones y sólo Charles vio unas pequeñas lucecillas en el interior del portalámparas.

Casi en el acto, las luces de toda la villa se apagaron con un «¡Oh!» de desilusión general y algunas risas mezcladas.

Olga de Mesalia se sintió apartada de la mesa y besada.

Cuando quiso darse cuenta, sólo abrazaba el aire; el hombre había desaparecido.

Charles Vally sabía que no podía perder tiempo y tampoco le interesaba ir hacia ninguna de las puertas, ya que estaban todas

fuertemente custodiadas.

Si no conseguía burlar a los vigilantes, cundiría la alarma y se efectuaría la caza del hombre.

No tenía que dar un espectáculo que sirviera a Aldo Cobianchi para denunciarle a la policía romana, lo que haría las delicias y el regocijo del inspector Benini.

Debía salir del salón sin que los allí reunidos se percataran de nada, como si todo hubiera sido un vulgar y sencillo apagón de luz.

Llegaba ya a la ventana cuando la sala se inundaba nuevamente de luz, que duró unos segundos. Fue como un relámpago y tornó a apagarse con desilusión para todos menos para Scorpio.

Abrió la ventana, mas se encontró con unas desagradables y recias rejas que le hicieron cambiar de planes.

—Por la ventana no puede ser —dijo.

La moneda había hecho apagar de nuevo la luz, fundiendo los plomos por segunda vez con su cortocircuito.

Charles Vally recordó las ventanas altas, inalcanzables aparentemente, pero pensó en uno de los monumentales cortinajes que llegaban desde el mismo techo hasta el suelo, vistiendo por completo la pared junto a las ventanas.

Saltó hacia arriba y sumido en las sombras, mientras los concurrentes se lamentaban por la falta de luz, Scorpio trepó por el cortinaje rogando al cielo para que éste no se desprendiera desde lo alto. Sería muy desagradable y humillante quedar sentado entre los canapés.

Al fin tocó la ventana superior. Se sentó en el alféizar y buscó el resorte que la abría, hallándolo rápidamente.

Los polícromos cristales de Venecia se apartaron y Scorpio salió al exterior cerrando de nuevo. Quedó en pie sobre el alféizar.

En aquel instante se encendió la luz. A través de uno de los cristales más claros, Charles pudo ver que se hallaban encendidas todas las luces menos las que correspondían a la mesa de las viandas.

Habían tenido la sagaz idea de desconectar la zona del circuito que presumían provocado por su inesperado invitado.

—Señores, disculpen este corte de luz. La fiesta va a continuar, sólo ha sido un simple cortocircuito en la mesa de la comida. La orquesta seguirá tocando para ustedes —dijo Cobianchi.

Se dejó oír nuevamente la música y las miradas de Cobianchi, Esvensotti y los hombres de éstos, buscaron ansiosamente entre los invitados a un extraño personaje apodado Scorpio.

Sufrieron una gran desilusión al no verlo y al recorrer las puertas que seguían custodiadas, los vigilantes fueron negando con la cabeza, indicando que por ellas no había salido nadie.

Charles Vally aprovechó los salientes de las paredes, que consistían en grandes piedras finamente trabajadas y en cuyas uniones había unos huecos de más de tres pulgadas que le fueron muy útiles en su descenso.

Cuando pisó la tierra se sintió más tranquilo. No obstante, sabía que aún le quedaba la difícil papeleta de salir del parque y estaba seguro de que habrían soltado a los temibles *dobberman*.

Se acercó a la salida, pero uno de los perros ahora sueltos, le olfateó y se le acercó gruñendo.

Aquellos mastines alemanes estaban hechos para la lucha y eran capaces de degollar a un hombre de una sola dentellada.

Charles miró al animal al quedar encarado con él. Se inclinó y se dispuso a defenderse.

El can ladró un par de veces y finalmente, con un prolongado gruñido, saltó sobre el hombre dispuesto a derribarlo con su peso.

Scorpio saltó en el aire y recordando la práctica del balompié pateó el hocico de aquella bestia sedienta de sangre.

El perro rodó por el suelo hecho un ovillo, alcanzado de lleno en su punto más débil.

Se acercó a la puerta. Allí sólo había un guardián que se había preocupado de cerrar la verja.

—Por lo visto, el duque ha creído necesario sus hombres dentro del salón. Es un gran honor que me hace al considerarme peligroso.

Le fue fácil acercarse al vigilante, aunque sabía el peligro que corría en caso de ser descubierto. El guardián en cuestión iba armado con una carabina sueca de indudable precisión.

Se situó tras él y le golpeó la nuca.

El vigilante no soltó ni un gruñido. Se desplomó, mas antes de llegar al suelo, Charles lo recogió entre sus brazos y lo retiró para que descansara más tranquilamente entre los setos cercanos.

—Por lo visto, esta noche tengo que trabajar de niñera. Sólo me dedico a dormir a tipos que no me caen simpáticos.

Abrió la pequeña puerta, ubicada dentro de la propia gran verja, y salió al exterior cerrando de un portazo cuando una voz llamaba a través de un altavoz situado en la portería:

—Vittorio, Vittorio, ¿cómo va la puerta? ¡Vittorio, Vittorio! — insistió.

Charles aceleró el paso y se introdujo en la maleza.

Al fin, subió al «Porsche» rojo y respiró más tranquilo.

Puso el motor en marcha y, sin encender los faros, salió a la carretera particular.

Poco después, ya con los faros rasgando la noche, regresaba a Roma por la Strada del Sole.

La joven y hermosa viuda cruzó sus piernas al permanecer sentada en el aerodinámico sillón. Ante la mirada de Aldo Cobianchi, trató de bajar un poco la minifalda para que mostrara menos parte de sus bien torneadas piernas.

—Querida Olga, tendrás que explicarme todo lo sucedido.

El duque italiano había pronunciado todas las palabras en el mismo tono. La mujer sabía que cuando Aldo hablaba de aquella forma, no admitía subterfugios y fumó nerviosamente.

—Creo que tú tienes mucho más que explicarme a mí, Aldo.

—¿Yo?

El abrió los ojos sorprendido, pero era sólo teatro y la joven así lo pensó.

—Me has involucrado en un crimen y eso no fue lo acordado.

—Vamos, pequeña, vamos, ¿qué monstruosidades te ha contado el americano ese que es carne de presidio?

—Ignoro si Charles Scorpio es carne de presidio o no, pero sé que tú tenías mucho interés en capturarlo esta noche.

—Era un personaje hostil en mi fiesta que además no había sido invitado. Podía significar un peligro para el resto de mis invitados. Ya has visto, golpeó a Fikenbeisser, gran amigo mío.

—Algún motivo tendría —replicó ella sin dejar de fumar ávidamente, como pretendiendo embotarse con el humo del cigarrillo turco para olvidar los problemas que la agobiaban.

—Sí, lo que él pretendía era introducirse en mi casa y por Satanás que lo ha conseguido.

—Y lo que te duele es no saber cómo ha escapado —ironizó Olga.

Aldo lanzó un gruñido casi inaudible.

—Tú puedes decírmelo, querida Olga. Antes de disolverse en el aire estaba, contigo comiendo unos canapés y brindando con champaña.

—Sólo hablamos. Luego, se apagó la luz y no he sabido más de él.

—Sí, apagó la luz de una forma ingeniosa, una moneda dentro de un portalámparas... El tiempo suficiente para escapar, pero ¿por dónde? Me agradecería conocer el punto vulnerable de mi salón.

—Si tú no lo sabes, que lo has hecho construir, es que el americano te ha dado una lección que debes aprender.

—Parece que defiendes a ese tipo sin nobleza y que no goza de la amistad de la policía.

—Hay otros que gozan del apoyo de la policía y sin embargo son los que debieran ser perseguidos por ella.

Evensotti, que permanecía en pie junto al duque, sentado tras su suntuosa mesa despacho, carraspeó.

—Dejémonos de mordacidades, querida Olga —pidió Cobianchi.

—Me has preguntado si yo defendía a Scorpio y te diré que lo metí en un lío por indicación tuya.

—Tú te prestaste a colaborar utilizando uno de mis coches.

—Según tú, se trataba de un trabajo delicado. Me dijiste que había que narcotizarlo para averiguar si él era un espía traidor, un espía por dinero, pagado por los rusos por su condición de norteamericano, lo cual le facilitaría llegar hasta nosotros y de este modo enterarse de los planes que tenemos con respecto a mi madre.

—Y eso era, querida. ¿No te lo ha contado él?

—El me ha dicho algo que es fácil de averiguar. Que mataron a un hombre y trataron de culparlo a él del crimen aprovechando que estaba drogado. Yo lo dejé bien dormido y puedo estar segura de que él no hizo nada.

—¿Y tú te crees todo lo que te explican un extraño que se acerca a ti por primera vez? —preguntó Cobianchi desdeñoso.

Olga se levantó y puso su mano sobre el teléfono que había sobre la mesa despacho.

—Mejor será llamar a la policía y ellos nos dirán algo sobre ese asesinato.

Aldo apoyó su diestra sobre la femenina, quitándole el teléfono.

—No seas impaciente, querida Olga. Sí, hubo una muerte, la de un agente que intervino de pronto sorprendiendo a mis hombres. No hubo más remedio que defenderse.

—¿Puedo creerte, Aldo?

—Pareces una niña desconfiada, dudando de todo. Vamos, vamos, siéntate. Cuando se juega con pistolas, un accidente es corriente y mis hombres creyeron que si había un cadáver, bien podrían cargárselo al que trataba de poner dificultades a nuestros planes, y digo «nuestros» por el interés tan grande que tengo por ti, Olga. Ya sabes que esos planes se refieren a la liberación de tu madre del campo de trabajo ruso.

La joven suspiró largamente y tornó a sentarse en el sillón.

—¿Y qué parte has tenido tú en ese asesinato, Aldo?

—Ninguna. Yo estaba aquí e ignoraba lo que ocurría en el hotel Napoleone.

—Creo que Scorpio no opina lo mismo y él sí puede explicar muchas cosas a la policía.

—No le creerán.

—Es posible, pero ese hombre ha demostrado que es muy audaz y listo. Ha hablado con Gardner, el camarero del Pizzicore que le puso la droga.

Aldo miró reprobadoramente a Esvensotti. Éste acusó la mirada y se apresuró a explicar:

—No hay que preocuparse por Gardner. Está todo arreglado; no hablará.

—Me alegro de que le hayas cerrado la boca.

—¿Qué quiere decir «cerrado la boca»? —preguntó la muchacha.

Esvensotti carraspeó de nuevo y con las pupilas ocultas tras sus gafas oscuras respondió con una sonrisa:

—Gardner se ha marchado a su país natal. La policía romana ya no tendrá que interrogarle para nada.

—Ya has visto, querida, que no hay que temer tanto. Mis hombres saben lo que deben de hacer. Por cierto, hoy he tenido un excelente contacto referente al asunto de la liberación de tu madre.

—¿Ah, sí? —preguntó muy interesada la joven y virgen viuda.

—Sí, un personaje muy influyente tras el telón de acero.

—¿Ruso?

—No, no es ruso, pero ya te he dicho que es muy influyente. El

no puede, por supuesto, liberar legalmente a tu madre, pero sí puede preparar una excelente y segura fuga.

—¿A cambio de qué liberará a mi madre del campo de trabajo?

Aldo Cobianchi cogió una pluma de oro y jugueteó con ella mientras sonreía.

—Eso es cuenta mía, querida.

—Ese hombre cobrará mucho dinero —objetó Olga un tanto desesperada.

—Yo cuidaré de que se quede contento. Si vamos a casarnos, creo que el regalo que puedo darte para el día de nuestros esponsales es la libertad de tu madre, a la que tanto quieres.

Olga experimentó una extraña sensación de desasosiego. La habían casado cuando niña y ahora se veía en las redes de Aldo Cobianchi, el hombre que parecía muy generoso delante de ella.

Tenía para elegir entre la libertad de su madre o la suya propia. Su amor filial no dudó en escoger.

—Está bien, Aldo, pero no quiero mezclarme en asuntos turbios a excepción de lo que representa la libertad de mi madre.

—No temas. Lo del hombre del hotel solo ha sido un desagradable accidente. Por supuesto, no debes ver más a Scorpio. Es un peligro para nuestros planes. El puede impedir que tu madre llegue aquí sana y salva.

—¿Y si aparece junto a mí?

—Trata de comunicarte conmigo o con Svensotti.

—Nosotros nos encargaremos de impedir que siga molestando —dijo el aludido.

—Pero no lo mataréis —dijo ella en un tono tan cargado de amenazas que obligó al duque a asegurar:

—Por supuesto que no, Olga. Nosotros no matamos, simplemente le pagaremos y él se marchará. Sabemos tratar a esa clase de individuos que se venden por dinero.

Mecánicamente, Olga se llevó el cigarrillo a los labios y casi se quemó los dedos. El tabaco se había consumido. Aplastó la colilla contra el cenicero que había sobre el brazo del sillón.

—Bien, Aldo, lo dejaré todo en tus manos. Veo que sabes desenvolverte.

—Naturalmente, querida. Ah, por cierto, deseo que cultives una amistad.

—¿Cuál?

—La del rector de la Universidad.

—¿Te interesa?

—Sí. Ya sé que él viene con gusto a mi casa, pero me interesa relacionarme mucho con él. Muéstrale tu campo de deportes, haz que salga, que se ventile. Puede llegar a ser un excelente padrino de boda por tu parte. Ya sabes que debido a lo que hizo tu madre tienes pocas amistades en la aristocracia italiana y conviene que cuando llegue el día de nuestra boda tengas buenos amigos.

—Está bien, seguiré tus consejos. —Se puso en pie—. Me siento fatigada, Aldo; regresaré al hotel.

—Puedes quedarte aquí si lo deseas.

—No, no estaría bien visto que una novia pernoctara en la villa de su futuro marido.

El sonrió.

—Piensas en todo, querida. —Pulsó un botón de su dictáfono y luego llamó—: ¡Leonardo!

—Sí, señor duque —respondió una voz al otro lado del aparato.

—Prepara el coche grande. Vas a acompañar a la baronesa de Mesalia a su hotel.

—Bien, señor duque. Esperaré en la puerta principal.

—Bien. Ah, a partir de hoy, cuídate de servirla a ella y llevarla a todas partes, Leonardo.

La propia Olga intervino:

—No hace falta. Sé conducir y me agrada hacerlo.

—Podrás conducir si quieres, pero Leonardo, que es uno de mis hombres más fieles, te acompañará a todas partes. De este modo te libraré de encuentros desagradables.

La joven suspiró largamente.

—Como gustes. Iré con tu guardaespaldas a todas partes. Dios quiera que todo esto termine cuanto antes, de lo contrario sufriré una crisis de nervios.

Se despidieron y el duque y su segundo quedaron a solas.

El rostro de Aldo Cobianchi se endureció. Era como si se hubiera quitado una máscara.

—No debe preocuparse por la baronesa, duque. Será su esposa.

—Estoy seguro de ello, Esvensotti, pero antes hay que allanar los problemas y preparar el asunto del rector de la Universidad.

—¿Su muerte es el precio de la libertad de la madre de la baronesa?

—Sí. Sólo prepararán la fuga de la vieja que ha de ser mi suegra cuando se celebren los funerales del rector de la Universidad, si es que los hacen porque, como siempre, ha de aparecer como un suicidio.

—Comprendido, duque. Pero hay algo que...

—Suéltalo, Esvensotti.

—Charles Scorio.

—Para Scorio tengo pensado algo, algo tan audaz como él mismo y no tardará en dejar de constituir un problema, no lo dudes. Pero esta vez, yo mismo, personalmente, dirigiré el trabajo mientras tú preparas el asunto del rector de la Universidad y una entrevista secreta, de la que nadie debe enterarse, con Fedor Apotoff. El también debe conocer mis condiciones. El duque Cobiañchi es el que siempre tiene la última palabra.

CAPÍTULO V

El cajón número 17 del frigorífico de la Morgue fue tirado hacia afuera por la mano del médico forense.

—Éste es John Hamery Gardner, súbdito norteamericano. Ha sido encontrado desnudo y flotando en el Tíber con los pulmones llenos de agua, aunque hemos podido averiguar que sufrió un fuerte golpe antes de caer al río.

—No cabe duda de que es Gardner —dijo Scorpio junto al embajador Frank J. Slatery.

—No es agradable informar de la muerte de un compatriota en tales circunstancias. ¿Cómo han logrado averiguar que se trata de Gardner, si lo han encontrado desnudo, sin documentos?

El inspector Benini, que se hallaba junto al médico encargado de la Morgue, aclaró:

—Porque John Hamery Gardner es en realidad Paolo Pachetti Zotto, natural de Palermo. Embarcó hacia los Estados Unidos, según se supone, gracias a la Mafia. Allí cambió de nombre. No ganó el dinero que él suponía y pensó entonces que la América, económicamente hablando, la tendría en Italia si regresaba. Por el solo hecho de ser norteamericano, aquí ganaría más que otros en el mismo empleo. Al volver, nosotros descubrimos de quién se trataba por sus huellas dactilares en el pasaporte.

—¿Estaba fichado antes de embarcar para los Estados Unidos? —preguntó el embajador.

—Sí. Había matado a un hombre en Palermo. Cuestión de venganzas personales. En Sicilia eso es bastante común.

—Y por las huellas dactilares, lo han identificado ahora al recogerlo en el río Tíber.

—Exacto, Scorpio. Lo que me agradaría saber es el nombre de quién lo ha eliminado preocupándose de que no fuera identificado. ¿Acaso lo conoce usted, Scorpio?

—Si lo averiguo, puedo estar seguro de que se lo comunicaré, inspector —respondió Charles cínicamente.

Deseaba cobrarle aquellas horas que le hiciera pasar en la celda a su llegada a Roma, aunque sabía muy bien que al final de la jugada, si es que llegaba vivo a ella, entregaría todos los naipes al policía romano para que concluyera aquella partida que estaba resultando sangrienta.

—Scorpio, creo que ya nada más podemos hacer aquí.

El cadáver de Gardner fue introducido de nuevo en el frigorífico.

Antes de abandonar la Morgue, el embajador dijo al inspector Benini:

—¿Cómo va la investigación sobre la muerte del mayor Lowell?

—Mal. De momento no hay indicios, pero el caso ya no depende de mí.

—¿Se lava las manos en el asunto? —preguntó Scorpio.

—En realidad, todavía tengo trabajo al respecto, pero la investigación la llevará directamente el inspector Giacomo Gazzeta.

—Giacomo Gazzeta —repitió el embajador—. Es uno de los hombres más prominentes de la Interpol en Europa.

—En efecto, embajador, el mismo.

—Confío —opinó Scorpio— que sabrá localizar al asesino del mayor.

—Todos esperamos lo mismo —corroboró Slatery.

Salieron de aquel frío edificio en el coche del embajador.

Ya rodando por las calles romanas, Slatery indicó:

—Giacomo Gazzeta se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Para darle el pésame por la muerte de nuestro compatriota?

El sarcasmo de Scorpio hizo sonreír al diplomático.

—No. Lo que el inspector desea es ponerse en contacto con usted.

—¿Sospecha de mí?

—Algo.

—¿Le habló usted?

—Ambiguamente.

—Eso quiere decir que él ya sabía algo.

—La Interpol no se chupa el dedo y perdone la vulgaridad de la expresión. Puede que hayan encontrado alguna de sus huellas en la habitación donde fue hallado el cadáver. Además, reside en el

mismo hotel y por otra parte está el inspector Benini que no le quita ojo de encima.

—Lo que le ocurre al inspector Benini es que teme que le resuelva el caso.

—Scorpio, creo que vale más que olvide este asunto. Sentiría tener que asistir al reconocimiento de otro cadáver con pasaporte norteamericano.

—Si me liquidan, no me mande flores; soy alérgico a ellas cuando hay más de una. No sé por qué, pero me recuerdan a los ramos de boda y a las coronas del cementerio.

—Scorpio, no sé si es usted un quijote, un suicida o un cínico.

—De todo un poco. Ahora, dígame qué opina del duque después de lo sucedido en su villa.

—Pues no puedo opinar nada. Se apagó la luz y usted desapareció. La música continuó y allí no pasó nada.

—Embajador, la chica confesó ser ella quien me drogó y le sacaré que fue obligada por el duque.

—Scorpio, se empeña en olvidar que el duque es un personaje muy influyente, mimado en Roma por todos, y le diría más, respetado adonde quiera que vaya. Tiene amistades en todos los países y conoce a mucha gente, eso puedo asegurárselo. Me bastaría decirle que me presentara a tal o cual personaje para que me fuera concedida la entrevista casi de inmediato.

—El que se tenga mucho prestigio no quiere decir que no se pueda ser un asesino impunemente.

—Eso es filosofía, Scorpio, sólo filosofía. La realidad es muy distinta —repuso el embajador mientras el lujoso automóvil rodaba hacia las afueras de la capital.

—¿Está convencido de que la policía de aquí no actuaría contra el duque?

—No los ponga a prueba. La policía debería actuar, pero la policía no es sólo un cuerpo, sino unos hombres, y muchos de ellos fáciles de sobornar, como en todas partes. No tiene más que mirar en nuestro país. Ha sido frecuente el caso de los policías sobornados.

—Entonces tendré que actuar por mi cuenta y riesgo. No pienso dejar las cosas tal como están y menos pensando Cobianchi que soy un tipo demasiado molesto.

—No tendrá que actuar usted. Giacomo Gazzeta le ayudará y como miembro de la Interpol tiene más atributos.

—¿Insinúa que vamos a entrevistarnos ahora con él?

—Vamos no, irá usted. El inspector Gazzeta es un hombre que ha permanecido siempre en la sombra, según me ha comunicado él mismo por teléfono. El anonimato le va muy bien para solucionar casos en apariencia insolubles de la Interpol.

—¿Y yo voy a entrevistarme con él?

—Sí. Estamos llegando.

El automóvil del embajador se detuvo ante un campo donde había gente divirtiéndose con diversas atracciones.

Una de ellas consistía en un terreno cercado y con una puerta en la que había una taquilla. En el centro del cercado acababa de aterrizar un helicóptero.

—¿Es ahí? —señaló el helicóptero.

—Sí. Esos aparatos, por un precio módico, dan una vuelta sobre Roma y regresan. Esta atracción tiene bastante éxito entre los romanos y los turistas.

—¿Y tengo que subir a uno de los helicópteros?

—Sí. El le llevará con Giacomo Gazzeta. El piloto que sabe lo que tiene que hacer llevará un «foulard» amarillo al cuello. Síglele.

—OK, embajador. Espero que todo vaya bien y ese inspector sea un buen sabueso. Cuando todo esto termine, sentiré que el duque no pueda dar más fiestas.

—No se haga ilusiones, Scorpio. Ahora, le deseo buena suerte.

Se estrecharon la mano y Charles abandonó el automóvil dirigiéndose hacia el cercado.

En aquel instante un helicóptero se preparaba para despegar y otro llegaba. Tras aterrizar, el piloto saltó al suelo. En su cuello destacaba un pañuelo amarillo.

—Por favor, déjenme pasar —pidió Charles abriéndose paso entre los que esperaban, que no eran pocos.

—Eh, ¿adónde va? —interpeló el vigilante.

—Es un caso de emergencia.

El vigilante iba a preguntar de qué se trataba, pero al ver que el piloto hacía señas al norteamericano que destacaba por su estatura entre los que allí aguardaban, optó por callar.

—Suba. No perdamos tiempo.

El helicóptero era de dos plazas, con cabina totalmente plástica y transparente.

La gran hélice no había dejado de girar y una vez los dos hombres dentro, se elevó en el aire entre las protestas de muchos que aguardaban en la cola.

—¿Adónde vamos, amigo? —preguntó Charles.

El piloto no era precisamente muy hablador y contestó lacónico:

—Ya lo verá cuando lleguemos.

Sobrevolando el río Tíber, se dirigieron hacia la montaña.

De pronto, el piloto señaló con su dedo hacia abajo.

—Mire allí.

—¿Qué es? —preguntó Charles inclinándose al seguir la indicación.

—¡Esto!

Scorpio no vio el rostro del piloto, que apretaba los labios fijando sus pupilas en su nuca.

Scorpio sólo sintió un fuerte golpe propinado por algo duro y contundente que le privó de los sentidos por unos instantes, que el piloto aprovechó con rapidez, como buen conocedor de su trabajo que era.

El piloto abrió la portezuela, inclinándose por el lado de Charles, y lo empujó al vacío.

—Buen viaje, amigo.

El helicóptero sobrevolaba a gran altura una espesa arboleda tras las colinas romanas. Abajo, múltiples chalets y villas suntuosas, y tampoco faltaban piedras, ruinas históricas.

El piloto había puesto el aparato a gran altura para que nadie, a simple vista, pudiera ver lo que ocurría.

Sólo verían caer un cuerpo al vacío, un cuerpo que sería difícil de encontrar, aplastado entre la arboleda y matojos.

Charles, viéndolo todo rojo y verde por la arboleda, notando que el dolor en su cabeza era insoportable, experimentó una sensación de auténtico frío al ver que ni sus piernas ni sus manos podían cogerse a ninguna parte y se precipitaba al vacío, sinónimo de muerte.

Aquella sensación apenas duró una fracción de segundo, pues su mano logró aferrarse a uno de los *esquíes* para el aterrizaje, cogiéndose a él rápidamente con la otra mano.

El piloto, sonriente por haber realizado un trabajo perfecto, miró hacia abajo para ver caer a su víctima.

Quedó perplejo al no divisarlo por ninguna parte. De pronto, descubrió una pierna balanceándose en el aire y comprendió.

—¡Maldita sea! ¡Ese tipo tiene siete vidas como los gatos! ¡Ha logrado agarrarse al tren de aterrizaje!

Una persona normal y corriente habría durado poco en aquella posición. Se hubiera precipitado al vacío falto de fuerzas, pero Charles Scorpio era ágil y resistente y logró reptar por el andamiaje, sobre el cual se sostenía el helicóptero encima de los esquís.

El piloto tomó una pistola de un bolsillo que había junto al asiento.

Abandonando el mando del aparato, se inclinó por la portezuela dispuesto a terminar a balazos con su víctima.

De pronto surgió una mano que se cerró en torno a su muñeca armada y tiró de ella tan violentamente que el piloto se vio arrastrado al vacío.

—¡¡Nooooo!! —gritó de un modo infrahumano al sentirse en el espacio mientras la libélula mecánica se separaba de él.

Charles, en situación apuradísima, lo vio desaparecer en la arboleda. Su muerte era segura.

Las grandes hélices batían rápidas el aire y el aparato, sin mando que lo controlase, se había decantado perdiendo altura y dirigiéndose peligrosamente hacia una colina.

Scorpio tuvo que realizar un alarde de acrobacia y sujetarse al fin a la portezuela.

A pulso, jugándose el todo por el todo, con el rostro azotado ferozmente por el viento, fue ascendiendo.

El aparato se acercaba cada vez más a la colina. El choque, que resultaría trágico para Scorpio, parecía inminente.

—No os saldréis con la vuestra —dijo respirando fatigosamente y refiriéndose a quienes le prepararon aquella trampa mortal.

Introdujo la mitad de su cuerpo en el helicóptero cuando las rocas de la colina semejaban estar a escasas yardas. Alargó su brazo hacia arriba cogiendo el mando y tiró de él hacia abajo con todas sus fuerzas.

El helicóptero efectuó un giro brusco y se alzó en el aire rebasando la colina por encima.

Charles Vally no perdió tiempo y acabó de meterse en el aparato. Luego, cerró la portezuela respirando hondo.

—Me gustaría saber dónde se encuentra el tal Giacomo Gazzeta.

Miró dentro de la carlinga, mas no halló dato alguno que pudiera darle una pista.

Optó por regresar a Roma.

Recordó el plano que había estado mirando aquella misma mañana, buscando el campo de deportes propiedad de la baronesa de Mesalia, y decidió localizarlo.

No tardó en sobrevolar la zona deportiva que buscaba.

Decidió aterrizar en el campo de polo donde unas muchachas estaban celebrando un partido. Los caballos se inquietaron y las chicas hicieron que se apartaran del centro del terreno mientras el helicóptero descendía lentamente para no causar daños.

Cuando el aparato detuvo sus aspas, las adolescentes Amazonas se aproximaron a la carlinga y Charles se apeó teniendo que escuchar toda clase de halagos en italiano.

Una nueva Amazona, algo más mayor y también mucho más hermosa, se acercó al trote de un espléndido bayo de largas crines, deteniéndose frente al helicóptero.

—¿Qué hace ese helicóptero aquí? Esto es terreno privado.

—Hola, cariño. No he encontrado otro medio para venir a verte.

Las miradas de las jóvenes Amazonas pasaron de Olga al norteamericano que hablaba en inglés, sabedor de que la baronesa iba a entenderle.

—¡Scorpio! —exclamó Olga al reconocerle.

—¿Tienes por ahí un teléfono, cariño? Tengo que decir que pasen a recoger este trasto. No es mío, ¿sabes?

—Está bien, sígueme. ¡Muchachas, pasen a la pista de equitación! ¡Abandonen el campo de polo por ahora!

Olga saltó a tierra y tirando de las bridas del equino comenzó a caminar cuando Charles se situó a su lado.

La joven le miró de reojo. El parecía alegre, muy varonil, con el cabello desordenado. Al fin se atrevió a interrogar:

—Charles, ¿me responderás a una pregunta?

—A todas las que quieras, cariño. Para ti no tengo secretos.

—Primero, deja de tratarme de esa forma. Puede decirse que no nos conocemos.

—Pues yo opino que sí. Ahora bien, si quieres establecer las diferencias correspondientes entre la aristocracia y la plebe, entre la que yo me encuentro...

—No seas tonto, es que...

—¿Qué? ¿Acaso te molesta mi presencia?

—Bueno, no puedo decir que me moleste. Eres muy original.

—¿Lo dices por el helicóptero?

—Y por la fuga de la villa de Cobianchi.

—Bah, no tiene importancia. Más difícil hubiera sido de estar en Sing-Sing.

—¿Has estado en la cárcel?

—En una penitenciaría no, pero en las celdas de más de una comisaría, sí. Soy algo raro, al menos eso es lo que opinan todos de mí, pero al final acaban estrechándome la mano.

—Un hombre singular, pero, a todo esto, me estoy apartando de lo que quería preguntarte.

—En ese caso, dispara; estoy atento.

—¿Es cierto que eres un espía apátrida, sin sueldo?

—¿Quéeee? —preguntó con verdadera estupefacción mientras llegaban al pequeño edificio que dominaba todos los campos de deportes.

—Creo que no lo eres, a menos que seas el actor más perfecto de la tierra.

—¿Te ha explicado el duque ese cuento?

—Verás...

—No evadas la pregunta. Ha sido él, ¿no es cierto? —inquirió sujetándola por los brazos, obligándola a estar encarada con él.

—Pues, sí, él me lo ha dicho.

—Si tuviera delante a ese gordinflón, le pondría una cara que parecería un mochuelo por lo chato. Menudo tipo... ¿Sabes por qué he venido en ese helicóptero?

—No —denegó mirándole directamente a los ojos.

—Porque me han tendido una trampa mortal dentro de él. Sólo pretendían arrojarme al vacío, claro que no se han salido con la suya y el que iba a hacerlo está en cualquier parte ocupando mi lugar.

—¿Quieres decir que lo has matado?

—Qué remedio, cariño. La situación no era para hacerse

reverencias.

—¿Y quién ha sido el que ha intentado asesinarte?

—Pues si no me equivoco, la idea es de tu amiguito el duque.

—No puede ser. Es un poco fuerte de carácter, muy autoritario...

—Y ambicioso —añadió Charles.

—Sí, también lo es, pero de eso a asesinar fríamente...

—Yo ya no lo dudo, sólo que me hacen falta pruebas para destruirlo.

—¿Por qué lo quieres matar?

—Porque es un enemigo de la sociedad. Ha tratado de acabar conmigo por dos veces. ¿A cuántos habrá eliminado antes que a mí? Además, creo que está lleno de sangre hasta las orejas; la Interpol le seguía la pista.

—No puede ser tan malo. El trata de liberar a mi madre de un campo de trabajo de Rusia. Dice que está en contacto con un hombre del otro lado del telón de acero, ignoro si es búlgaro o húngaro, lo que sí sé es que libertará a mi madre.

—Y a cambio, ¿tú serás de él?

Ella alzó la mano, ofendida, y dispuesta a abofetearlo.

Pero Scorpio la retuvo en el aire y luego, con la otra mano, enlazó la cintura femenina. La acercó hacia sí y la besó, pese a la resistencia de la mujer, mientras las jóvenes Amazonas aplaudían a lo lejos sin dejar de observarlos.

—No serás de Cobiانchi, te lo juro.

CAPÍTULO VI

Fedor Apotoff era un sujeto anguloso, de nariz aguileña y dientes más propios de un equino que de un ser humano. Destacaban en él sus ojos de eslavo, sumamente expresivos.

—No debí haber venido. Es peligroso.

—Amigo Fedor, en mi villa nadie que sea mi amigo o mi invitado corre peligro.

—Usted sabe que no me refiero a eso.

—No ha de temer que alguien le haya visto entrar en mi casa. Recibo toda clase de visitas y todas ellas importantes.

—Sí, claro —aceptó Apotoff.

Evensotti intervino en apoyo de las palabras de su jefe.

—La policía sólo vigila a los sospechosos y el duque no lo es en ningún sentido, está respetado por todos. De lo contrario, no vendrían los embajadores aquí.

—Sí, es cierto, pero si alguien sospecha que usted puede ser el artífice y el cerebro de lo que han dado en calificar «ola de suicidios»...

—Nadie puede recelar nada. Son suicidios. Todos los han aceptado así, es más, hasta los sicoanalistas han redondeado el trabajo escribiendo artículos y más artículos en periódicos y revistas especializadas, asegurando que el suicidio es contagioso.

—Y el asesinato también.

—Es usted muy mordaz, Fedor. Nadie hace los trabajos como yo. Tanteo el mundo político y financiero, escojo a la posible víctima y luego sondeo a la persona que está interesada en la muerte de dicha persona elegida por mí.

—¿Acierta siempre? —preguntó el eslavo.

—Sí, claro que en todas las ocasiones no empleo la técnica del suicidio. Está también el joven fanático. Se le trabaja, se le paga y después actúa como una máquina disparando o acuchillando al

líder que haga falta. Si escapa, mejor para él, pero si corre peligro de ser atrapado se le elimina y en paz. Se asombraría de la cantidad de hombres importantes que han sido eliminados por procedimientos análogos.

—Por eso estoy aquí sentado, porque creo en sus procedimientos.

—Exacto. Hay que eliminar a alguien, pero es mejor que lo hagan terceros, para que nunca se pueda acusar a nadie concretamente, ni siquiera a un partido político o a un grupo de presión financiera.

—Siempre acusan a los comunistas cuando ocurren casos semejantes —gruñó Apotoff.

—Muchas veces tienen razón —dijo el duque sonriendo burlón—, claro que más de derechas monárquicas que soy yo, no lo es nadie.

—Por eso a nadie se le ocurre acusarle.

—Antes, los aristócratas teníamos vasallos que trabajaban para nosotros.

—Ahora, los imperialistas tienen a obreros en las fábricas que trabajan para ellos.

—Y los líderes socialistas también, en cierto modo. Amigo Fedor, los que estamos arriba todos somos iguales. Nos aprovechamos de los que están abajo y les sacamos el juego en nuestro beneficio. Yo, por desgracia, no heredé tierras. Mis antepasados se las vendieron o las perdieron en el juego. Mis padres estaban arruinados y en el tiempo de Mussolini, yo mismo sólo tenía sueños de ambición.

—Sueños que se han realizado —indicó Esvensotti a su lado, siempre complaciente con el duque.

—Sí, es cierto, sueños que se han logrado y yo no exploto al obrero, no poseo fábricas.

—No, usted obtiene la fortuna para mantener todo el lujo que le rodea con la sangre de unos pocos solamente, figuras prominentes del mundo, sean de la raza o pensamiento político que fueren.

—En efecto. Puedo asegurarle, sin rubor, que si alguien me pagara por pasaportarle, yo...

—No hace falta que continúe —cortó mordaz Apotoff—. Sé que pasaría a mejor vida. Utiliza usted un juego muy peligroso que

puede salirle mal algún día.

—¿Usted lo desea?

Ante la pregunta cínica del aristócrata, el eslavo contestó:

—Por ahora no me interesa, y creo que podríamos ir más al grano.

—Sí, a usted le interesa su rector de la Universidad.

—Y esta vez, a cambio del trabajo usted no quiere dinero sino la devolución de una persona, de la madre de la baronesa Mesalia.

—Una mujer que va a ser mi suegra. Es ridículo que me preocupe por ella, pero el mundo es así y no hay que darle vueltas.

—No se inquiete. Luego, cuando haya conseguido a la hermosa Olga de Mesalia, podrá practicar el sistema del suicidio o del accidente con su suegra y se verá libre de ella.

—No es mala idea, Fedor, no es mala idea...

El eslavo sonrió mostrando más si cabe sus grandes dientes que los labios no conseguían ocultar.

—Tengo una sorpresa para usted, duque.

—¿Una sorpresa? ¿De qué se trata?

—Es en relación con el asunto que nos une. Bueno, primero quiero pedirle que el rector no se suicide.

—¿Prefiere un accidente?

—No, un atentado y perpetrado por un estudiante de filiación derechista.

—Eso es difícil.

—Pues tendrán que conseguirlo. Alguien a sus órdenes se encargará de eliminarlo. Una vez muerto, nadie podrá decir nada y si su filiación coincide con la del propio rector no podrán acusar a los socialistas, a los comunistas, a los liberales, a los republicanos ni a nadie.

—Dígame una cosa, Fedor.

—Si la pregunta es interesante, la responderé. De lo contrario...

—¿Para quién trabaja, para los soviets?

—He realizado muchos trabajos para los soviets, por eso tengo amigos que colaboran conmigo, pero el trabajo no es para ellos.

—¿Para un neurótico líder chino-comunista?

Fedor sonrió ambiguamente.

—Piense lo que quiera. Yo no tengo ideas por las que deba morir, aunque mi filiación en todos los archivos sea la de

comunista.

—Pero donde empiezan los millones acaba el comunismo —rió el duque echándose hacia atrás.

—Duque, antes le he dicho que le reservaba una sorpresa y aún no se la he revelado.

El aristócrata parpadeó. Fue Esvensotti quien preguntó:

—¿Se relaciona con este caso?

—Sí.

—¿Qué es? Me tiene intrigado —expuso Cobianchi.

—Pues que la madre de la baronesa de Mesalia ya está en Roma.

Como si el respaldo de la mullida butaca se hubiera llenado de feroces avispas, Cobianchi dio un respingo y se inclinó hacia delante. El más vivo interés se reflejó en su cara.

—¿Qué ha dicho, que está en Roma?

—Veo que le interesa mucho, duque.

—Sí. Cuando todo este trabajo haya terminado me casaré rápidamente.

—Y yo le felicito. Le prometo asistir a su boda, a menos que me niegue la invitación.

—Déjese de tonterías. ¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó cínicamente el eslavo.

—¿Quién va a ser? ¡La madre de Olga!

—Está a buen recaudo. Ella misma ignora dónde está. Ha viajado dentro de una caja. La pobre está muy fatigada, llegó dolorida de todos los huesos. Al escapar no se le dijo adónde iba y ahora permanece en un lugar en el que si se le dijera que está en Hungría o en los propios Estados Unidos lo creería.

—¿La ha visto usted?

—Naturalmente.

—Magnífico. ¿Cuándo quiere que vayamos a recogerla?

—En el instante mismo en que el rector de la Universidad pase a mejor vida asesinado por un estudiante de filiación derechista —siseó Apotoff seguro de sí y de poder dominar al peligroso aristócrata.

—Es muy difícil lo que me pide.

—No tanto. La propia baronesa le facilitará el material que precisa.

—¿Ella?

—Sí. Tiene un campo de deportes adonde sólo pueden acudir ricos, a juzgar por las cuotas que deben pagarse. Ella tiene para escoger el que vaya mejor para enfrentarse con el rector.

—¿Y cree que alguno de esos muchachos que practican equitación estará dispuesto a...?

—Sí, si se les prepara bien. Una sola noche bastará.

—¿Con drogas alucinógenas y una preparación intensiva y especial de lavado de cerebro?

—Sí. Esos jóvenes no están adiestrados como podría estarlo cualquier agente secreto y, además, en la adolescencia son más influenciables. Creo que no hace falta que lo explique nada. Usted tiene métodos y sabe cómo hacerlo.

—No me agrada trabajar aquí en Italia, pero ya está hecho. Ahora, refiriéndonos a la madre de la baronesa...

—No es preciso hablar más. Se encuentra bien y esperando ser liberada.

—¿La podremos ver?

—No hasta que se haya terminado el trato. De no efectuarse tal como le he dicho, la señora regresará a Rusia por el mismo conducto.

—¿No se fía?

—Usted ha dicho antes que me eliminaría si alguien pagara por mi muerte. Ha sido franco, yo también lo soy. He arriesgado mucho sacándola del campo de trabajo, he tenido que sobornar a gente.

—¿Y cómo sé que ella se ha evadido ya?

—Cuando la vea se convencerá. No soy tan estúpido para pretender jugarle una estratagema. Ya sabe que los rusos no suelen dar los partes de los evadidos. No les interesa que se propaguen tales hechos.

—Sí, es cierto. Está bien, confiaré.

—No le queda otro remedio, duque.

A Aldo Cobianchi no le gustó que Fedor Apotoff tratará de dominarlo, pero no le quedaba otra solución que someterse. Después de todo, si el trabajo terminaba pronto, se casaría con Olga, la hermosa Olga... Le gustaba terriblemente. Además, era una mujer ideal para sus recepciones y fiestas y por si faltara poco, tenía tierras, tierras sin demasiado valor, pero que daban prestigio dentro de la nobleza, aunque le costara mucho pagar sus impuestos.

—Bien, volveremos a vernos una vez terminado el trabajo.

—Eso espero. Aproveche algún mitin estudiantil, quedará mejor. Avíseme por teléfono cuando vaya a ocurrir el hecho. Habrá alguien allí, quizá yo mismo, que se encargará del muchacho una vez terminado el atentado.

—A ese alguien, vístalo de policía; hará más efecto —insinuó Esvensotti.

—Es una buena idea. Le felicito por rodearse de colaboradores inteligentes, duque.

El eslavo abandonó primero el despacho y luego la villa del ambicioso aristócrata.

Esvensotti, al lado de su jefe, inquirió:

—¿Lo seguimos? Quizá nos lleve hasta el escondite de la vieja y nos ahorraríamos el problema del rector de la Universidad.

—No, no es preciso. Ese sujeto es muy astuto. Lo primero que hará ahora es dar vueltas y más vueltas por Roma para despistar y no se acercará a su escondite antes de veinticuatro horas. No es un novato en esta clase de operaciones y si lo ponemos en dificultades podría darse cuenta de que me interesa la vieja viva, aunque sólo sea por un tiempo, y me presionaría. Para él debe ser fácil regresarla a Rusia.

—Entonces, ¿qué hacemos? —inquirió Esvensotti ansioso de entrar en acción.

—Esto.

Cobianchi fue hasta su mesa despacho. Abrió un cajón y observó el magnetófono que continuaba girando. Lo paró.

—¿Va a enviar algo de la grabación del diálogo con Apotoff?

—Sí, y a Olga de Mesalia. A ella le dará mucho gusto de oírla, aunque ha de ser retocada convenientemente. Todo lo que hace referencia a mí, ha de quedar fuera.

—Comprendo. Que pueda oír la voz del eslavo y sus condiciones.

—Exacto. Que ella sepa que su madre ya está en Roma y mi interés por libertarla. Tampoco está de más que escuche lo planeado por Apotoff, de este modo quedará obligada a ayudarme a escoger a uno de los estudiantes que tiene en su campo de deportes.

—Y si se ensucia las manos, luego no podrá negarse a nada. La tendrá siempre dominada.

—Exacto, Esvensotti, exacto —exclamó con voz de triunfo—. Estará por completo en mis manos.

—Sólo que sigue existiendo un problema: Charles Scorpio.

Al escuchar aquel nombre, el rostro de Cobianchi se endureció y sus ojos se semicerraron.

—Creí que ese sujeto sería un mirlo blanco para colgarle la muerte del mayor Lowell, quien se había interesado demasiado por su compañero Giacomo Gazzeta, pero todo salió mal.

—Si lo eliminamos, todo puede ser como antes. No habrá obstáculos —indicó Esvensotti.

—¿No habrá obstáculos? Tampoco debía haberlos por la muerte de Gardner y gracias a unas indicaciones del tal Scorpio, el inspector Benini te ha llenado de preguntas.

Esvensotti suspiró. Cuando arrojó a Gardner al río pensó que allí terminaba todo, pero había sido reconocido y no era bueno que lo identificaran como un camarero del Pizzicore.

—El asunto de Scorpio hay que resolverlo sin miramientos.

—En eso aciertas, Esvensotti. Hay que eliminarlo. Creí que Alberto conseguiría arrojarlo del helicóptero, pero ha sucedido al revés. Se ha reído de nosotros y además ha dejado el aparato en el campo de deportes de Olga.

—Dicen que la baronesa no le ve con malos ojos. Es lo que comentaban las muchachas que acuden al campo de deportes.

—Esvensotti —interpeló con la mirada fija en la ventana, sin ver más que el interior de su cerebro.

—¿Diga?

—Tú mismo te encargarás de acabar con Scorpio y esta vez no admito errores. Elimínalo por las buenas, pero no falles, porque si lo haces, vale más que no regreses. Jamás en mi vida he tenido a nadie tan atragantado como a Charles Scorpio.

CAPÍTULO VII

El «Porsche» rodaba al tope de su velocidad. Semejaba un meteoro candente volando sobre la autostrada del Sole cuando el crepúsculo dejaba paso al manto de la noche, un manto que no tardó en puntearse de estrellas.

La aguja del cuentakilómetros se hallaba en la zona roja. El automóvil ya no daba más de sí. Hacía calor y Charles bajó el cristal de la ventanilla.

—Cuidado, Charles, podemos estrellarnos —observó Olga.

—¿Tienes miedo?

—No, pero si el coche es de alquiler no sabes cómo pueden responder los mecanismos.

—Tengo confianza y sé que es bueno. Además, la autopista está cuidadísima, parece la pista de un autódromo.

Olga se inclinó hacia atrás, estirando sus torneadas piernas sin importarle dejar al descubierto gran parte de ellas por la minifalda y su posición de estar sentada.

—¿Has hecho carreras alguna vez?

—Sí, en los Estados Unidos.

—¿Tuviste éxito?

—No puedo quejarme. Gané dos carreras, pero no me interesó seguir adelante. Debía tener una escudería propia o depender de un fabricante.

—Y tú no eres hombre que se deje mandar o someter —opinó ella.

—Así es. Me agrada ser libre como un pájaro. Puede que algún invierno las nevadas me dejen sin comer y el frío me venza, pero la primavera y el verano son maravillosas para nosotros los pájaros.

—Yo creí que eras un Scorpio.

—Ése es en realidad mi carácter, pero un Scorpio no se deja controlar. Es algo así como yo, siempre de un lado para otro,

metiéndome en líos, pero al final dicen que acabamos como el mejor de los Tauros.

—¿Siendo un perfecto hogareño? —ironizó ella un tanto escéptica.

El «Porsche» seguía devorando kilómetros en dirección al Mezzogiorno italiano. Nápoles ya no estaba lejos y tampoco Sicilia, aunque el automóvil no se dirigía a esta provincia.

Llevaban un rato en silencio.

Ella fumaba con la nuca apoyada en el borde superior del asiento. Sin dejar de vigilar la autopista y las luces centelleantes que pasaban por su lado, lanzado a una velocidad regular de ciento sesenta kilómetros por hora, Charles preguntó algo que bullía en su mente desde el mismo momento en que recogiera a Olga frente al foro romano.

—¿Por qué me has pedido que te acompañara a tu villa napolitana?

—Bueno, no es mía, es un pequeño chalet en la playa que tengo arrendado sin que nadie lo sepa. Me sirve para esconderme en él, refugiarme cuando no quiero que nadie de conmigo y de este modo descansar.

—En ese caso, aún debo estar más intrigado porque me hayas pedido que te acompañe a tu refugio. ¿Lo conoce el duque?

—No, a menos que lo haya averiguado por su cuenta.

—Olga, después de lo ocurrido en tu campo de deportes, es decir, después de besarnos, esto de ahora...

—No me preguntes demasiado ni te hagas ilusiones, Charles. Las mujeres somos versátiles y hacemos lo que más nos conviene.

—¿Y qué es lo que te conviene esta noche?

—Hablar, estar junto a alguien en el que poder confiar.

—Gracias por pensar en mí.

—No sé por qué, pero desde el primer momento que te vi en la fiesta me inspiraste confianza.

—¿Y la noche que cenamos juntos no?

—Aún no te conocía. Yo sólo sabía que acababas de salir de una comisaría y que a Aldo le interesaba tenerte en el hotel.

El permaneció unos instantes en silencio, meditando sobre lo que acababa de oír. Luego, preguntó:

—¿Te emplea Aldo muchas veces para sus asuntos?

—Creo que no tiene escrúpulos y emplearía hasta a su madre para asesinar a alguien si hiciera falta.

—¿Te ha obligado a actuar de nuevo? Quizá me lleves a una trampa donde me espere una lluvia de plomo —silabeó mordaz.

—¿Crees eso de mí?

—Verás, Olga, ya me han tendido varias celadas.

—Si piensas que esto es una más, ¿por qué vienes conmigo?

—Porque la verdad es que sé que tú no lo intentarías de nuevo. Además, creo que necesitas el apoyo de un buen amigo.

Ella calló. Estaban arribando a Nápoles capital.

La marcha que llevaban era tan fuerte que los kilómetros pasaban sin darse cuenta.

Cruzaron por la alegre Nápoles y se introdujeron en la carretera de la costa sur. Poco después, Olga le indicó que virara por un camino flanqueado de pinos olorosos. El mar estaba cerca.

—Será mejor que tomemos algo en un restaurante típico que conozco aquí. Luego, iremos a la villa.

De mutuo y silencioso acuerdo, no dijeron nada durante la cena, que resultó típica, y los caldos del Etna hicieron que la sangre circulara más alegre por sus venas.

Tras la cena, el auto se puso de nuevo en rodaje después de recibir las reverencias del bigotudo y grueso napolitano, quizá grueso por las toneladas de *spaghetti* ingeridos a lo largo de su vida.

El chalet de Olga era pequeño, pero moderno y coquetón. Se hallaba en la misma playa y elevado en el aire por unos pilares de concreto de hormigón.

La muchacha introdujo la llave en la cerradura y franqueó la puerta encendiendo la luz interior. Luego, preguntó:

—¿Te agrada? Es muy tranquilizante.

—Es cierto —admitió él observando la decoración marinera del chalet.

—¿Quieres tomar una copa?

—Sí. El vino italiano es fuerte, pero soy un esclavo del *whisky*.

—En el bar encontrarás lo que quieras. Prepárame algo a mí también, pero que sea doble.

—¿Qué ocurre, Olga? ¿Tienes deseos de aturdirte?

—Mentiría si te dijera que no. Necesito alegría, porque si me pongo a pensar... En fin, ahora regreso.

Del pequeño bar, situado en un ángulo de la pared, extrajo las bebidas y los altos vasos preparando ambas cosas. Aquel lugar le agradaba, se sentía a gusto dentro de él, pensó Scorpio.

—¡Charles!

—¿Qué?

—¿Te gusta bañarte de noche?

—Sí, considero que es muy agradable.

—Yo también —respondió ella desde la habitación—. Templa mis nervios y cuando nado bajo la luna, me parece que estoy en otro mundo distinto del que me rodea.

Se abrió la puerta de la alcoba y apareció Olga cubierta por un coloreado poncho de toalla que dejaba al descubierto sus piernas y brazos.

El cabello largo, espeso y negro como una noche sin luna, caía sobre sus hombros.

—¿Tienes mi bebida preparada? —preguntó acercándose al bar y deteniéndose frente a él sin apartar los ojos del hombre que no cesaba de observarla y admirarla.

—Sí, claro, aquí está.

Ella bebió en silencio lo mismo que él. Al terminar, depositó su vaso sobre el bar y al tiempo que se dirigía hacia una puerta que se abría al fondo del comfortable *living*, dijo:

—En la habitación verás un armario. En los cajones hay trajes de baño masculinos de varias tallas. Los había comprado por si alguna vez traía amigos para bañarse, pero están sin estrenar. Te espero abajo.

Como si poseyera alas, Olga desapareció por la puerta por la que penetró una brisa suave, un tanto cálida y con sabor a salitre.

Charles no perdió tiempo.

Se despojó de sus ropas y vistió el traje de baño. Luego, abandonó el *cottage* saltando a la playa de arena fina y limpia.

Cerca de donde las minúsculas olas batían la arena con un rumor suave, agradable al oído, se hallaba la figura femenina que dejó caer al suelo el alegre poncho que la cubría.

Scorpio clavó sus pies en la arena, deteniéndose al ver a la mujer bañada por la luz fuerte del plenilunio.

Olga vestía un bikini.

Por primera vez en su vida, Scorpio sintió que se le hacía un

nudo en la garganta frente a una mujer.

Olga aparecía tan hermosa como un sueño utópico. Piel tostada, dorada por el sol, cabellos azabache y cintura estrecha, sin artilugios que la deformaran o compusieran.

Caderas de ánfora, sin ser por ello feamente abultadas. No, Olga era toda suavidad, armonía, desde las raíces del cabello a los dedos de sus pies.

—Eres maravillosamente atractiva —siseó con voz que brotó ronca de su garganta.

Olga dio una patada a la arena y millares de granos minúsculos se alzaron en el aire para volver a caer en una cascada esponjosa.

Luego, dio media vuelta y echó a correr hacia el agua, al tiempo que gritaba:

—¡A ver si me alcanzas!

Scorpio no se movió o no pudo moverse, nunca lo supo, hasta que la joven se zambulló en el mar. Notó que el vinillo de Etna corría alegre por sus venas... Apenas tres segundos más tarde notaba a todo lo largo de su cuerpo, en cada centímetro de su piel, la sensación fría del agua salada resbalando por ella.

Sacudió su cabeza y tras emergería en la superficie del calmado mar, divisó a Olga que nadaba veloz hacia un pequeño islote situado a unos trescientos metros de la orilla.

El centro y cúspide de aquella isla era de roca y estaba rodeada de arena que a veces cubrían las olas.

Utilizó sus brazos como si fueran las aletas de un delfín y avanzó tras ella ganándole terreno pulgada a pulgada.

El mundo semejava centrarse en ellos dos. Sin embargo, a lo lejos y a todo lo largo de la costa, miles de luces parpadeaban.

Charles Vally sólo escuchaba el ruido de su propia respiración agitada, el del agua al chocar contra sus oídos y la voz de su mente que le decía: «Tienes que alcanzarla, tienes que alcanzarla...».

La minúscula isla, de apenas veinte metros de diámetro, estaba a punto de ser alcanzada por Olga, que estiraba más y más sus brazos hacia delante.

El hombre se hallaba tras ella y cuando la mujer casi rozaba la arena, sintió que una de las manos de Charles se cerraba en torno a su pie, sujetándola.

—¡Me has cogido! —rió ella dejándose conducir hacia la orilla

los metros que faltaban.

Ambos hollaron con sus plantas la arena del islote. Se dejaron caer sobre ella riendo, fatigados.

Reían todavía cuando Charles se percató con asombro de que la risa femenina se transformaba en un sollozo incontenible mientras se dejaba caer en la arena boca abajo, tratando de ocultar su rostro.

—¿Te sucede algo?

—¡Charles, Charles! ¿Por qué no podré ser feliz cuando tan cerca y fácil parece la felicidad?

—Vamos, vamos —dijo él acariciando el cuello y la nuca femenina, tratando de sosegarla.

—Hubiera sido mejor venir sola aquí, zambullirme en el mar y nadar y nadar hacia el interior hasta que las fuerzas me fallaran y ya no pudiera regresar.

—No digas tonterías. Sólo se suicidan los cobardes.

—Es muy fácil decir eso cuando los problemas no nos agobian hasta estrangularnos.

—Olga, tienes que afrontar los hechos.

Ella hizo un esfuerzo de voluntad. Dejó de llorar, dio media vuelta y quedó boca arriba.

Miró primero al hombre, que no cesaba de contemplar la hermosura de su cuerpo, y luego clavó sus grandes ojos oscuros en la luna.

—Antes te he dicho que Aldo era capaz de involucrar a su madre e igualmente haría de nuevo conmigo si lo necesitaba.

—¿Qué te ha pedido que hagas?

Ella respiró hondo.

—El me prometió libertar a mi madre.

—Lo sé, aunque déjame decirte que porque libere a tu madre tú no debes considerarte obligada a casarte con él. No podrá forzarte a ello nunca. Ningún tribunal lo ampararía.

—Aldo es muy astuto, tú todavía no lo conoces bien. Quizá ha pensado lo mismo que tú me acabas de decir ahora y...

—Desea tenerte sujeta de otra forma.

—Sí, ensuciándome a mí también para poderme chantajear si no le obedezco.

Charles Scorpio deseó tener allí a Aldo Cobiانchi para mostrarle cómo eran sus puños, mas tuvo que contentarse con respirar hondo

y contenerse diciéndose que todavía había tiempo.

—Hoy le ha visitado el hombre que ha de libertar a mi madre.

—Lo sé. Es Fedor Apotoff.

—¿Cómo lo has averiguado?

—He estado vigilando la villa del duque desde lejos y me ha parecido que es eslavo. Era un tipo interesante y lo he seguido. Me ha costado mucho no perder su pista. Es muy astuto y ha dado varias vueltas por Roma. Al final, he logrado averiguar dónde se cobija y cuál es su nombre.

—Bien, pues ya conoces al hombre que ha liberado a mi madre.

—¿Dices que ya la ha liberado?

—Sí. Según él, mi madre ya está en Roma, pero no la soltará hasta... —Se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Hasta qué? —insistió él intrigado.

Con palabras entrecortadas, Olga le contó cuanto oyera en la cinta arreglada por el duque y en la que se le pedía a ella que colaborara para escoger un estudiante, raptarlo en uno de los pabellones del campo de deportes y allí drogarlo convenientemente para que cometiera el atentado que hacía falta.

—Sucio —fue el lacónico comentario de Charles al terminar Olga su explicación.

—Charles, ¿qué puedo hacer?

—No colaborar con ellos en ningún caso.

—Pero, Charles, si no lo hago es cierto que quedará liberada de mis compromisos con Aldo, pero ¿y mi madre? La regresarán al campo de trabajo.

Pesaroso, con voz queda pero audible dado el gran silencio que les rodeaba, pues sólo el rumor de las levísimas olas llegaba hasta ellos, Scorpio musitó:

—La libertad de tu madre no justifica el daño que se puede causar a seres inocentes.

—Charles, lo que me dices es muy cruel. ¿Cómo voy a permitir que retornen a mi madre a aquel infierno?

—¿Crees que ella se sentiría feliz al conocer el precio de su evasión? No, no te engañes. Ella no estaría contenta, ni por ella misma ni por ti que jamás tendrías paz interior. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: Has traído a esta soledad a un amigo y yo, sin ninguna clase de egoísmo, te hablo como tal.

—Tú no comprendes, no puedes sentir como yo —protestó la mujer intentando convencerse a sí misma para seguir las órdenes de Aldo Cobiañchi.

—Puede que no sienta como tú, pero sí voy a decirte algo.

—¿El qué?

—Tú puedes obrar como gustes, pero el duque no se saldrá con la suya mientras yo viva, cueste lo que cueste. Sin que corra sangre inocente, yo te devolveré a tu madre.

—¡Charles! —exclamó alzando sus brazos y rodeando el cuello masculino.

El se inclinó hacia ella y la besó. Esta vez no se sintió rechazado.

El rumor de las olas seguía monótono, incansable, mientras la luna continuaba su periplo entre las estrellas.

CAPÍTULO VIII

Fedor Apotoff abrió los ojos súbitamente.

Tenía la sensación de que se hallaba acompañado, de que alguien había entrado en la habitación mientras él dormía, mas ya era tarde.

Un objeto frío y cilíndrico, que identificó inmediatamente como una pistola, se apoyó contra su sien.

—Buenas noches —saludó una voz varonil.

—Eh, ¿quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¿Con qué derecho...?

—No haga tantas preguntas. Sólo gastará saliva.

—No irá a disparar, ¿verdad? Yo no lo he hecho nada —advirtió el eslavo intranquilo.

—Depende de lo que haga y diga.

El visitante nocturno no había encendido ninguna luz, pero gracias a la que se filtraba por la ventana, el eslavo pudo ver un rostro desconocido, aunque tampoco podía asegurarlo, ya que la claridad era escasísima.

—Yo no le he visto en mi vida.

—Pues yo sí.

—¿Dónde?

—En la villa del duque Cobianchi. Mantuvo una conversación con él.

—¿Le ha enviado él?

—No.

—¿Entonces?

—Sólo soy un entrometido apodado Scorpio.

—¿Scorpio? He oído hablar de usted. Es norteamericano.

—Sí, eso dice mi pasaporte.

—¿De la CIA?

—De ninguna organización. Solamente soy un amigo de la baronesa de Mesalia.

—Ya, y quiere...

—Sí —asintió antes de que el eslavo terminara de hablar.

—Lo siento. Su madre está en un buen refugio y no pienso revelarlo a nadie.

—¿Ah, no? ¿Está seguro? —preguntó con sarcasmo.

—Segurísimo.

—¿Y si yo aprieto el gatillo?

—Posiblemente moriré, pero entonces ¿quién les dirá dónde está la madre de su amiga?

—Es usted muy listo, aunque no tanto como cree.

—Ya lo sabe, si yo muero, la vieja desaparece.

—El tipo que la debe estar cuidando, al no recibir órdenes directas de usted, quizá...

—No —atajó Apotoff seguro de sí, aunque Charles captó cierto nerviosismo que el eslavo no consiguió ocultar totalmente—. El hombre que la vigila tiene órdenes concretas que no desobedecerá. El sabe lo que tiene que hacer. ¿No comprende que la vida de ella es mi garantía? Hasta el propio duque desearía eliminarme para quedarse tranquilo, pero al parecer es más listo que usted porque él se está quieto y se limita a obedecerme. No se puede hacer otra cosa.

—Yo no opino igual. Creo que se puede hacer más.

—¿El qué?

—Esto.

Charles se guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y rapidísimamente lanzó un puñetazo al estómago del eslavo.

Éste, que se hallaba en la cama, a causa del dolor incorporó su cuerpo hacia arriba como accionado por un muelle.

Un segundo impacto le alcanzó en la oreja derribándolo sobre el lecho, aunque esta vez de costado y profiriendo quejidos de dolor, pues parecía como si mil agujijones se hubieran introducido en su cerebro.

—¡Vamos, fuera de la cama!

Charles tiró de un brazo del eslavo y lo derribó al suelo.

—Será mejor que hable.

—No... —gruñó Apotoff.

—¿Sabe resistir, eh?

Ansioso de libertar a la madre de Olga, Scorpio acercó su zapato

al rostro de Apotoff, pero antes de que consiguiera hacer nada, éste se revolvió como un gato.

Le retorció el pie y ambos rodaron por el suelo enzarzándose en una lucha feroz, una pelea sorda. Ambos sabían que el ceder significaba la muerte.

Charles podía haber empleado su pistola, mas no lo hizo.

Deseaba doblegar la voluntad de su enemigo y en tales circunstancias sería más fácil que hablara. Si aquel hombre confesaba, no sólo quedaría libre la madre de Olga, sino que se evitaría el asesinato del rector de la Universidad a manos de un estudiante y en consecuencia la cadena de delitos y motines que luego podrían suscitarse.

Scorpio demostró que sabía luchar pese a que su enemigo también estaba entrenado en la lucha de karate.

Al fin, Fedor Apotoff cayó al suelo hecho un ovillo y quejándose de los impactos que le habían alcanzado en los lugares más dispares y sensitivos de su cuerpo.

—Vamos, vístase.

El eslavo levantó trabajosamente la cabeza. Le miró y preguntó:

—¿Qué va a hacer?

—Tengo algo que le demostraré que está perdido, que más le vale ser complaciente conmigo.

—¿Qué es?

—Ya lo verá en el momento oportuno.

Charles cogió una camisa, unos pantalones y una chaqueta del armario. Se los lanzó, tras comprobar que no había ningún arma dentro de ellos.

—Vamos, deprisa. No quiero perder tiempo.

Mientras el eslavo se vestía y miraba con rencor al hombre que acababa de propinarle una golpiza, Scorpio comenzó a registrar la mesita de noche y otros muebles, en busca de un indicio.

Debajo mismo del teléfono halló un trozo de papel con un número telefónico.

Se acercó a la ventana para ver mejor y leyó en voz alta:

—Cuatro, dos, siete, tres, dos y este número último es el... No se ve bien.

Antes de que pudiera identificarlo, Apotoff, como un verdadero perro, saltó en el aire. Golpeó su mano y mordió el papel con el

número telefónico, engulléndolo rápidamente pese a los esfuerzos de Charles para que esto no sucediera.

—¡Maldito, escupe, escupe!

Scorpio no se salió con la suya ni apretándole la garganta ni golpeándole el estómago con sus puños.

Como si jamás hubiera comido, como un lobo famélico perdido en la nieve, Apotoff se tragó el papel con el número de teléfono.

—Está bien, has ganado, pero siempre no será igual.

El eslavo sonrió pese al dolor que le embargaba.

—No podrás liberar a la madre de la baronesa.

—De eso ya hablaremos luego.

Una vez vestido Apotoff, abandonaron el hotel de tercer orden saliendo a la calle. Charles señaló el «Porsche» rojo.

—Suba.

El prisionero se inclinó sobre la portezuela ya abierta y Scorpio aprovechó aquella posición para golpearle en la nuca y dejarlo inconsciente con un golpe seco de karate.

—De este modo no me causarás problemas al conducir.

Era de madrugada. Las vías romanas se veían casi desiertas. Apenas unos noctámbulos, la mayoría de ellos extranjeros del norte de Europa.

El «Porsche» se detuvo frente al hotel Napoleone y antes de abandonar el vehículo, Charles juzgó conveniente despertar a su prisionero.

Abofeteó al eslavo, pero éste se resistía a despertar y acabó por aplicarle a la boca el gollete de una botella de coñac tipo petaca.

Al resbalar el ardiente licor por la garganta de Apotoff, éste tosió y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué, qué, dónde estoy?

—Vamos, despierte. Para mala suerte suya, lo sucedido no es una pesadilla.

El eslavo se encaró con Charles y miró su rostro como si estuviera mirando el del mismísimo Satanás.

—¡Scorpio! —exclamó con voz gutural.

—El mismo, veo que me recuerdas. Ahora, saldremos de aquí y entraremos en el hotel. Allí guardo una cinta que quiero que escuches, pero, entiéndelo bien, si intentas una estratagema, te mando al otro mundo. —Y le mostró la pistola con que le

encañonaba.

—Está bien —gruñó—, pero...

—Déjate de amenazas y sal del coche. No olvides que te estoy apuntando.

El hotel parecía aletargado, y muchas de sus luces estaban apagadas.

El conserje bostezó al verles y no receló nada al pedirle Charles la llave de su habitación. Luego, se introdujeron en el ascensor y ya en la soledad del camarín, el eslavo inquirió:

—¿Qué es lo que tengo que oír en esa dichosa cinta?

—Unas voces. Seguramente se reconocerá en una de ellas.

Apotoff parpadeó extrañado.

—¿Insinúa que tiene grabada alguna conversación mía?

—Exactamente.

—¿De qué conversación se trata?

—Intrigado, ¿eh?

Fedor Apotoff sonrió amargamente. Cada vez se sentía más dominado por aquel endiablado Charles Vally.

—Es lógico que me extrañe si es mi voz.

—Ya lo oírás arriba. Con esa grabación no haría falta que yo lo eliminase. Las autoridades italianas se encargarían de usted. Quizá no lo condenasen a muchos años de cárcel, pero posiblemente sería expulsado para siempre del país y todo ello con gran aparato publicitario en Prensa, radio y televisión. Usted sabe bien lo que eso representaría.

—No.

—No se haga el ingenuo. No creo que sea usted el cerebro de la banda y si fracasa en sus planes, quien le paga se encargaría de destruirle y usted no lo ignora.

—Sabe mucho. ¿Para quién trabaja? No creo que actúe solamente por amistad hacia la baronesa.

—Siempre he sido un poco difícil de entender porque hago lo que los demás no harían sin un interés concreto. En fin, ya se abre la puerta.

—¡Espere!

—¿Qué le pasa, tiene miedo? —preguntó mordaz.

El eslavo respiró hondo. Mentía que necesitaba oxígeno para aclarar bien sus ideas.

—Sea por lo que sea, ¿qué tendría que hacer después de escuchar la cinta?

—Sólo una confesión y libertar a la madre de la baronesa.

—¿Y luego me entregará a las autoridades italianas?

—Yo no soy policía, no tengo por qué hacerlo.

—¿Y esa confesión?

—Es para destruir al duque Cobianchi.

—El es su objetivo, ¿no es cierto?

Charles Vally puso su mano por delante y empujó al eslavo fuera del ascensor.

—Vamos, camine. Charlaremos luego.

Scorpio condujo a su prisionero hasta la puerta numerada con el 115 sin dejar de encañonarlo con su pistola.

Le consideraba peligroso y en su situación desesperada era capaz de cualquier cosa.

Introdujo el llavín y tras darle la vuelta, la puerta se abrió hacia el interior, todo oscuridad, que contrastaba con el pasillo iluminado.

Fedor Apotoff quedó centrado en el umbral a contraluz. Mirando desde dentro, no era más que una silueta masculina imposible de identificar.

Sonaron tres ruidos inesperados que a Charles le parecieron descorches de botellas de champaña, más un súbito olor a pólvora quemada le hizo cambiar de opinión.

Scorpio se hallaba junto a la jamba derecha y en ningún momento había quedado visible en el umbral. Vio caer al eslavo de bruces y se pegó a la pared.

No le cupo ninguna duda de que aquellos tres balazos traicioneros le habían estado esperando a él, pero el destino, una vez más, había estado de su parte. Aguardó con la respiración en suspenso.

Escuchó unos pasos que desde el interior de su habitación se aproximaban a la puerta. Al fin se detuvieron y aquel instante fue aprovechado por Charles para mirar hacia dentro.

Un sujeto se había inclinado sobre el cuerpo yacente de Apotoff. Charles Vally no perdió tiempo.

Se centró en la puerta y al privar de luz al sujeto que planeaba su asesinato, éste alzó el rostro y también su pistola, pero no tuvo

suerte.

Charles le lanzó un puntapié al mentón que lo proyectó de espaldas al suelo tras dar media vuelta en el aire.

Luego, saltó adelante y sin contemplaciones pisó la mano armada del homicida.

Éste profirió un gruñido de dolor y soltó la pistola. Charles se apresuró a arrebatarla, tirando de la cadenita de una lámpara. La estancia se llenó de luz.

—¡Esvensotti! —exclamó al reconocer al tipo de los lentes redondos y oscuros.

—Scorpio —balbució más sorprendido que nadie. Luego, observó al hombre que yacía en el suelo junto a la puerta—. Entonces, ¿quién es él?

—Fedor Apotoff.

—¡No! —exclamó con espanto, temiendo haber cometido la peor equivocación de su vida.

—Debió asegurarse antes de disparar —gruñó Charles acercándose al yacente y comprobando que estaba muerto—. Ahora ya no hay nada que hacer. Creo que al duque no va a sentarle muy bien esto.

Mientras Esvensotti se enjugaba el sudor que había surgido de pronto en su frente, empapándose, Charles tiró del cadáver y cerró la puerta, aislándose.

—Voy a tener problemas con el duque, pero a usted, a usted le mataré, no lo dude.

—Bah, eso sólo son baladronadas. Ya lo han intentado varias veces, incluso esta noche, y ya ve lo que han conseguido.

—Si cree que siempre se saldrá con la suya, está equivocado. La suerte no se prodiga demasiadas veces con el mismo individuo.

—Sí, eso mismo estoy pensando yo con respecto a usted. Por lo visto, ya se le ha acabado el cupo de suerte.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensa hacer?

—Entregarle a la policía.

Esvensotti sonrió irónico mientras se incorporaba doliéndose de los golpes.

—Hágalo.

—Ellos le harán confesar y, de carambola, se cargarán al duque.

—No lo crea. No confesaré nada ni pasaré muchas horas en la

cárcel. Tendré un buen abogado que me sacará de ella. Aquí está solo mi palabra contra la suya.

—Pero es su pistola la que ha disparado contra Fedor Apotoff.

—Eso lo sabemos usted y yo solamente. Además, sus huellas son las últimas que quedarán impresas en la pistola.

—Pero está en mi habitación —indicó Charles.

—Diré que nos ha traído aquí a los dos a la fuerza y que luego, como Apotoff no se ha doblegado a ser chantajeado, usted le ha disparado a bocajarro.

—Una salida muy infantil.

—Pero que mis compatriotas creerían. El duque Cobiانchi tiene mucho prestigio, en cambio usted sólo es un extranjero.

Charles Scorpio quedó pensativo unos instantes. Balanceó la pistola en su mano y al final dijo desdeñoso:

—¿Sabe, Esvensotti, que me parece que tiene razón?

Aquellas palabras, en principio, dejaron perplejo al italiano que no esperaba que el norteamericano cediera tan rápidamente ante sus amenazas.

—Me alegro de que lo comprenda. Ahora, me iré.

—Sí, se va a ir, pero llevándose el cadáver. Usted lo liquidó y usted se lo lleva.

—¿Que yo me lo llevo? ¿Adónde? —preguntó Esvensotti mirando a Scorpio como si se tratara de un demente.

—Si no se lo lleva, en esta habitación habrá dos muertos.

—Pero ¿qué voy a hacer con el cadáver? ¿Adónde lo llevo?

Charles sonrió encogiéndose de hombros.

—Llévelo adonde mejor le parezca. No es cuenta mía. ¿Para qué le ponía tres plomos en el estómago? Ah, no se deje ver al llevárselo; podría tener problemas.

—Scorpio, me parece que es usted más astuto de lo que imagino.

—Es posible, pero creo que usted tampoco se queda atrás. En fin, no es el momento de polemizar. Llévese el cadáver y en paz.

—Si me llevo el cadáver, ¿se marchará de Roma?

—Es muy posible. No me voy a quedar siempre aquí y veo que este asunto se está enredando demasiado.

—Es lo más sensato que le he oído decir desde que lo conozco.

Esvensotti se inclinó sobre el cadáver y lo alzó trabajosamente. Se pasó una de las manos por encima del hombro y tiró del cuerpo

exánime hacia el exterior tras abrir la puerta.

—Espero que no lo descubran. Al inspector Benini no le haría gracia ver a un noctámbulo paseando del brazo de un cadáver.

Esvensotti no respondió a la mordacidad y siguió adelante por el corredor con su macabra carga.

Sólo en la habitación, Charles se apresuró a buscar en su maleta la cámara fotográfica, una máquina pequeña pero muy eficaz, de lentes japoneses capaces de fotografiar con la luz de una cerilla.

Preparó la cámara mientras se acercaba a la puerta. Se asomó ligeramente y cuando vio a Esvensotti, inclinándose ya hacia la escalera y con el rostro bien visible arrastrando al cadáver, le fotografió.

El italiano no se percató de su maniobra. Scorpio limpió con una toalla la sangre que había en el suelo y se asomó a la ventana con la máquina preparada.

No tardó en ver en la calle a su matador frustrado con el cuerpo de Apotoff. Supuso que habría conseguido sacarlo del hotel sobornando al conserje o bien mandándolo a algún recado y aprovechando su ausencia.

Le hizo un par de fotografías más y guardó la cámara.

Sintiéndose satisfecho por su trabajo, se aproximó al teléfono.

Descolgó el auricular y marcó un número que sabía de memoria.

—¡Diga! —respondió una voz masculina y grave al otro lado del hilo.

—Embajador, soy Scorpio. Atiéndame, tiene un trabajo para hacerme.

CAPÍTULO IX

Los potentes prismáticos quedaron enfocados en el campo de tiro.

A través de los poderosos lentes, Aldo Cobianchi vio lo que deseaba y sonrió.

—Este Mario es magnífico. Dispara muy bien.

Esvensotti, cerca de él y con una ficha en la mano, asintió.

—Es el mejor tirador que acude a este campo de deportes.

Olga de Mesalia no pudo ocultar el disgusto que se reflejaba ostensiblemente en su rostro.

Se hallaban en el despacho particular de la joven y hasta ellos llegaban los estampidos de los disparos que se hacían en el campo de tiro en aquel día soleado.

—Aldo, abandona tus ideas absurdas.

—Pero, querida Olga, ¿pretendes que deje a tu madre en cautiverio ahora que ya está en Roma, para que la devuelvan al campo de trabajo y se muera allí? —preguntó como quien desea convencer a un niño pequeño, sabiendo que éste le obedecerá haga lo que haga.

—Dale dinero a ese hombre, pero no vidas humanas —pidió Olga.

Esvensotti miró a Olga y en sus ojos brilló una lucecita que nadie captó.

—Duque, puede que la baronesa tenga razón. Si le pagamos, si llegamos a un convenio económico, yo podría ponerme en contacto con él y...

—¡Cállate, imbécil! Quien decide soy yo.

Esvensotti acusó la dureza de la respuesta con un brillo maligno tras sus gafas redondas, mas no dijo nada.

—Mi madre no gozará de su libertad a este precio —advirtió la joven.

—Mira, Olga, una madre puede hacer muchos sacrificios por la felicidad de una hija y una hija puede hacer lo mismo por la salvación de su madre, de modo que tú la pones en libertad y luego la contemplarás satisfecha. Lo ocurrido quedará entre nosotros y no tiene por qué saberlo nadie más, porque todos saldríamos perjudicados. Sin embargo, te advierto que cuando termino mis trabajos jamás pueden acusarme de nada. No deo prueba alguna.

Olga dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo, abatida.

—Está bien, tú ganas.

—Eso está mejor, querida pequeña. Todo saldrá perfectamente. Luego, serás duquesa y tendrás dinero suficiente para enojarte cuánto quieras. Todas las damas de la aristocracia, no sólo italiana sino europea, van a envidiarte. Ahora —le dijo acercándose y golpeándole levemente la mejilla en plan cariñoso— avisa que venga ese muchacho. Nos hace falta y cuanto antes salgamos y empecemos con este plan, mejor. Recuerda que es la única forma de salvar a tu madre.

Olga abandonó el despacho.

Bajó las escalinatas hasta encontrarse con el jardinero, al que indicó:

—Por favor, vaya al campo de tiro y avise al señor Mario Benetta que pase por mi despacho.

—Enseguida, señora baronesa.

El jardinero dejó la manguera en el suelo y se dirigió al campo de tiro mientras la muchacha regresaba al despacho donde seguían aguardándola.

—Bien, ahora cuando venga ese Mario, que por te que he visto a través de los prismáticos es un adolescente apuesto, ya sabes lo que debes hacer. Nosotros te aguardaremos en la estancia contigua.

—¡Aldo! —interpeló la mujer cuando el duque se alejaba junto a su segundo.

—¿Qué?

—Me repugnas.

Al principio, Cobianchi acusó el insulto, pero luego sonrió con sarcasmo.

—Es un sentimiento que tendrás que ir modificando, y que luego no te conviene volver a expresar jamás. Te sería muy perjudicial. Ahora tengo paciencia porque comprendo tu nerviosismo al saber a

tu madre cerca y tan lejos al mismo tiempo. En fin, creo que ya viese hacia acá ese estudiante que necesitamos para nuestros planes. Eres una mujer hermosa y supongo que le gustarás. Te será fácil, ya te lo he dicho antes. Esvensotti —interpeló mirando a su lugarteniente—, vamos a la estancia contigo. No es conveniente que el pequeño Casanova nos vea. Podría recelar de la camada.

Ya sola en su despacho, primorosamente decorado y en el que se notaba el gusto de una mano femenina, Olga esperó impaciente apenas un minuto cuando *sonaron* unos golpes en la puerta.

—Adelante —autorizó tras tocarse el cabello para causar buena impresión.

Se abrió la hoja de madera y apareció un adolescente rubio de mirada picara. Pese a su anatomía de adulto, Olga lo consideró como a un niño.

—¿Se puede, señora baronesa?

—Adelante, Mario, adelante.

El muchacho pasó y cerró a su espalda.

—El jardinero me ha dicho que usted me llamaba.

—En efecto.

Se volvió de espaldas al muchacho, que no osaba mirarla demasiado descaradamente. Era una mujer joven pero hecha, frente a un adolescente nervioso y algo tímido en la aparente soledad.

—Eres el campeón de tiro.

—Bueno, me entreno mucho.

—¿Te agrada disparar?

—Sí.

—¿Por qué? —inquirió ella acercándose a la moderna estantería, mezcla de biblioteca y anaquel para sostener objetos de adorno.

—No sé, me agrada disparar —respondió sinceramente Mario Benetta.

—¿Quieres seguir la carrera de las armas?

—¿Ser militar? ¡Oh, no, no pienso serlo!

Olga sonrió abiertamente y advirtió que los ojos del muchacho se encandilaban en ella. Era algo que una mujer notaba inmediatamente.

—Entonces, ya sé lo que te gusta a ti.

—¿De veras? —inquirió incrédulo como si trataran de revelarle un gran secreto que él consideraba muy oculto.

—Sí, las películas de acción, de agentes secretos, con profusión de armas superespeciales, muchos disparos y chicas guapas.

Al muchacho se le hizo un nudo en la garganta. Era evidente que una mujer como Olga le imponía. A ella le dolía estar jugando con él, pero debía seguir adelante.

—Pues sí, sí me agradan. Militar no, pero policía o algo por el estilo sí me gustaría serlo.

—Bravo, muchacho, eres un hombre de acción aunque no vayas arriba y abajo con carteles de protesta por la guerra que esté de moda.

—Es cierto. Yo no pierdo el tiempo de esa forma y mis compañeros lo saben.

—Mc gusta, eres un chico inteligente. ¿Quieres un *whisky*? Bueno, todavía eres joven... ¿Aceptas un refresco?

—Yo ya tomo *whisky* muchas veces.

Ella sonrió dejando al descubierto sus dientes pequeños y muy blancos.

—Como eres un deportista... Claro que un día es un día. Tengo algo importante que decirte.

—¿El qué? —preguntó intrigado.

—No seas impaciente.

Olga le preparó la copa. Se la tendió y ella bebió, pero su licor no estaba drogado.

A Mario Benetta se le antojó magnífica aquella situación y bebió de un solo trago para demostrar su hombría. Ella le observó con los ojos entornados.

El muchacho no tosió, pero apenas unos minutos más tarde, las piernas le flaqueaban.

—¿Qué te sucede, Mario?

—No sé, no sé, algo que no me ha sentado bien...

No dijo nada más. Quiso resistir, pero cayó al suelo sumido en un pesado sueño.

En aquel instante se abrió la puerta que conducía a la dependencia contigua.

—Magnífico, Olga. Ni que fueras Lucrecia Borgia.

—Por favor, Aldo, guárdate tus sarcasmos para mejor ocasión. Ahora me siento sucia.

—Vamos, vamos, eso son tonterías. —Cobianchi miró a

Esvensotti y ordenó—: Encárgate de él.

Esvensotti sacó una jeringuilla hipodérmica. Rompió una ampolla e inyectó el líquido en la pierna del infeliz adolescente a través de la ropa.

Sacó un rollo de esparadrapo ancho y tapó los ojos de Mario, para que cuando despertara no pudiera abrirlos, e hizo lo mismo con su boca, maniatándolo a la espalda.

Luego, lo levantó y anduvo hacia la puerta que conducía a la parte exterior del edificio que daba a la carretera de regreso a la capital.

El «Chevrolet-Luby» esperaba entre los utilitarios de los jóvenes estudiantes.

Evitando llamar la atención y ser vistos, penetraron en el coche. Subieron la capota y conduciendo Esvensotti, se alejaron del lugar en dirección a la Strada del Sole.

Veinte minutos más tarde, tras un viaje en silencio, incluyendo el forzado del joven Mario, arribaron a la villa del duque.

La puerta les fue franqueada por el vigilante.

—¿Alguna novedad, Vittorio? —preguntó el duque sin preocuparse de ocultar a su prisionero.

—Ninguna, señor duque. Todo va normal.

Se adentraron en el suntuoso parque de arboleda selecta y detuvieron el automóvil frente a la lujosa entrada.

—¿Podrás con él o hago venir a los muchachos?

Esvensotti denegó con la cabeza.

—No creo que pese mucho. Todavía tiene los huesos muy jóvenes.

Entraron en la villa palacio.

Cobianchi y Olga caminaban delante, precediendo a Esvensotti con la drogada víctima sobre su hombro.

—Pasemos a mi despacho —indicó el duque franqueando la puerta.

En principio no repararon en un tablero de ajedrez que había sobre la mesa despacho, pero cuando estuvieron dentro de la lujosa estancia, de detrás de la mesa emergió un rostro que sonrió y saludó a un tiempo.

—Buenos días.

Todos quedaron más que perplejos, asombrados.

El duque y Esvensotti exclamaron al unísono:

—¡Scorpio!

—Sí, yo mismo. Les aseguro que no soy ningún espectro.

Esvensotti dejó caer a Mario Benetta sobre un sofá. Por su parte, Olga continuó en su actitud grave, pero no pareció asombrada.

—Scorpio, esta vez se ha pasado de listo metiéndose en mi casa. Le acusaré de allanamiento de morada —advirtió Cobianchi, Esvensotti gruñó:

—Será mejor eliminarlo enseguida.

—Vamos, vamos, señores, no traigo armas. Sólo he venido a jugar al ajedrez. A mí me encanta este juego cerebral.

Esvensotti parpadeó como si de dentro de una botella estuviera viendo salir la cabeza de un conejo.

—¿Que ha venido a jugar al ajedrez? ¿Está loco?

Esvensotti sostenía la pistola que había sacado de su sobaquera y con ella apuntaba al norteamericano que continuaba sentado tras la mesa, manteniendo ante sí el tablero de ajedrez.

—Con un par de balas se acabará su locura, duque.

—Espera, Esvensotti. Según presumo, nuestro amigo desea decirnos algo. Hay tiempo para matarlo. Mantenle encañonado.

—Oh, sí, no se descuiden de mí, soy muy peligroso —dijo Charles cínicamente—, aunque ya les he advertido que vengo a jugar al ajedrez, claro que el ajedrez puede servir de metáfora.

—¿Qué se propone, Scorpio? Le advierto que le queda poco tiempo de vida.

—Sí, ya sé que han intentado varias veces que fuera un espíritu más de esta maravillosa Roma, pero ya ven, no es fácil convertirme en un cadáver pacífico y modosito.

—Déjese de sarcasmos. Estará loco, pero no es ningún imbécil para meterse en mi despacho y desarmado. ¿Qué pretende? —inquirió el duque impaciente e intrigado al mismo tiempo.

—Ya se lo he dicho, jugar al ajedrez. ¿Mire, ve? Adelanto el alfil, hago jaque al rey, pero el rey aún puede retroceder y no es jaque mate, aunque poco falta para conseguirlo.

—¿Por dónde ha entrado? —quiso saber Esvensotti.

Antes de que el norteamericano respondiera, Cobianchi dijo:

—Por la puerta no ha podido ser.

—Claro que no. He utilizado una pértiga y he saltado por

encima del muro electrificado. Para un buen deportista, los muros no son obstáculos insalvables, aunque haya cables de alta tensión.

—Ha entrado volando, pero saldrá con los pies por delante —masculló Esvensotti.

—Quizá, pero eso mismo me lo han dicho ya infinidad de veces y no me afecta. Sigo mi partida de ajedrez en solitario y tengo que decirles que pongo el mismo cariño en las piezas blancas que en las negras. Sin embargo, el destino quiere que las negras estén siendo acorraladas.

—Con su metáfora no pretenderá insinuar que nosotros somos las piezas negras, ¿verdad, Scorpio?

—Vaya, está usted descubriendo lo que trato de decirle.

—Esvensotti, tendrás que prepararte para tirar del gatillo.

—Eso estoy haciendo, duque.

Scorpio sonrió con su habitual ironía.

—Antes de que me hicieran unos lunares en la piel, querría aclarar algo, duque.

—¿El qué?

Charles sonrió de nuevo. Estaba en una situación difícil, fatídica según los dos italianos mientras Olga lo observaba temiendo que de un instante a otro sucediera lo peor.

El estudiante, con los ojos y la boca tapadas, respiraba fatigosamente tumbado en el sofá. Aún no había despertado.

—Giacomo Gazzeta, el inspector Gazzeta, de la Interpol, no existe a menos que sea usted mismo, ¿verdad?

Esta vez fue el aristócrata quien respondió a la sagaz pregunta de Scorpio.

—Una buena jugada pero como usted ha dicho antes, un jaque no significa un jaque mate. ¿Cómo se ha enterado de lo del inspector Gazzeta?

—En realidad, ha sido bastante fácil. El inspector Gazzeta desapareció hace cinco años en circunstancias extrañas. No se le dio por muerto, pero sí por desaparecido. Todo esto lo he sabido a través de mi embajador.

—¿Quiere que le presente al inspector Gazzeta? —inquirió Cobianchi con una sonrisa triunfal en su rostro de *bulldog*.

—Imagino que se trata de...

—Exacto, el hombre que está usted mirando. Esvensotti es el

inspector Gazzeta.

—¿Y por qué desapareció? —preguntó Charles Vally al propio Esvensotti, que siempre ocultaba sus ojos tras los lentes redondos y oscuros con montura de platino.

—Porque tiene ambiciones —respondió el duque por él—. En la policía, aunque sea en la Interpol, no hubiera podido ganar lo que ha obtenido a mi lado.

—Una buena respuesta, duque, pero creo que ha hecho una mala jugada.

La sonrisa desapareció de la faz de Cobianchi, aunque adoptó un gesto escéptico.

—¿Una mala jugada, por qué?

—Porque para sus planes y evitarse posteriores investigaciones, hizo resucitar al inspector Gazzeta, el cual se presentó en la central de la Interpol. Explicó un cuento de que había estado en Oriente prisionero de naos supuestos asesinos a los que logró eliminar, una salida que tenían preparada hace tiempo. Añadieron que tenía la pista de esos asesinos internacionales y se le encargó el caso de la investigación de la muerte del mayor Lowell. Fue una historia bastante verosímil dentro del mundo policial, pero no todos la han tragado.

—Se cree muy listo —opinó Giacomo Gazzeta, alias Esvensotti —, pero ha cometido el peor error de su vida finiendo a contarnos todo eso, haciéndose acorralar en un ángulo del tablero por las piezas más poderosas del ajedrez.

—Inspector, le advierto que todos los contraataques no resultan efectivos.

—Nosotros no opinamos igual —dijo Cobianchi—. Si Esvensotti le liquida, luego podrá cerrar el *dossier* diciendo que ha eliminado al cerebro de la banda internacional de asesinos y con no operar nosotros durante un tiempo, asunto resuelto.

—Es usted infantil, duque.

Aquella opinión de Scorpio irritó sobremanera a Cobianchi.

—¡Esvensotti!

—Espere. No es que me importe morir —dijo con un aplomo que los dos italianos no pudieron por menos fue admirar—, pero antes de morir quisiera saber si alguno de los dos conoce el número telefónico

Esvensotti miró de reojo al duque. Tras vacilar un instante, dijo:

—Ese número es el del Pizzicore, ¿por qué lo pregunta? ¿Qué tiene eso que ver ahora?

—No se altere, tiene que ver y mucho en esta última jugada en la que se prepara el jaque mate.

—¿Qué embrollo trata de hacer ahora? —preguntó Esvensotti receloso y desconfiado.

—¿Sabe que Fedor Apotoff murió asesinado?

—¿Que Apotoff murió? No sabía nada, es más, no lo creo.

—Scorpio, dijo que se marcharía de Roma —masculló Esvensotti receloso y desconfiado.

Charles respondió al aristócrata tendiéndole unas fotos que llevaba preparadas.

—Obsérvelas con atención. Descubrirá algo interesante.

Cobianchi observó las instantáneas que el propio Esvensotti desconocía.

—¡Si es Esvensotti!

El aludido miró a un lado y a otro, sintiéndose un tanto acorralado.

—Sí, el mismo. Me aguardaba para asesinarme cuando llegara a la habitación de mi hotel, pero no tuvo suerte y se cargó a Fedor Apotoff que venía conmigo.

—¡Imbécil! —Insultó Cobianchi a su segundo.

—Fue un error...

—Un error tras otro —gruñó el duque.

—Les advierto que fotografías como éstas están preparadas para ir a la policía junto con una cinta magnetofónica, si me ocurre algo.

La pistola vaciló en la diestra del falso Esvensotti.

—¿De qué cinta habla? —preguntó Cobianchi.

—De la que yo le entregué —dijo Olga interviniendo por primera vez en la conversación.

—¡Estúpida! Has perdido la oportunidad de salvar a tu madre y no creas que con ella vas a hundirme. Una cinta magnetofónica no es prueba suficiente. Tengo demasiado prestigio todavía.

—No tanto, duque, no tanto —cortó Charles irritando aún más al aristócrata—. Además, la madre de la baronesa sigue en Roma y hay alguien que cuida de ella.

—¿Que alguien cuida de ella? ¿Quién es? —inquirió agresivo.

—Pues el compañero de Apotoff en este negocio. Así lo expresa él mismo en la cinta grabada.

—Pero si Esvensotti ha matado al esclavo, ¿cómo vamos a saber quién es el que custodia a la madre de Olga y dónde se encuentra ésta?

—Antes de caer muerto tuve tiempo de charlar con Apotoff. No era muy hablador, pero conseguí averiguar que su contacto tenía el teléfono que le he dicho antes.

—¿El del Pizzicore? —inquirió Cobianchi.

—Sí. Creo que será un mal jugador si no relaciona unos datos con otros, duque. En esta partida tiene usted mucha importancia, pero pese a ello no es el rey al que yo trato de acorralar en un completo jaque mate.

—¡Claro! —exclamó palmeándose la frente y encarándose con su segundo—. ¡Esvensotti, tú tienes que ser el que estaba en combinación con Apotoff!

—Vamos, duque, no le irá a hacer el juego a ese cerdo. ¿No se da cuenta de que lo que desea es confundimos?

—Si es así, ¿por qué no le ha comunicado la muerte de Fedor Apotoff? ¿Acaso porque de veras creía que yo me iba a largar dejándole el campo libre? En este caso habría podido sacarle mucho dinero al duque por la madre de la baronesa, ya que usted sabía que le interesaba.

Cobianchi silabeó amenazador:

—Esvensotti, creo que está todo claro, demasiado claro.

—No sea ingenuo, duque. Puede ir al Pizzicore y registrarlo todo. Verá como allí no está la vieja como usted la llama. El ha buscado en la guía el número del club y lo ha soltado aquí en medio de su sarta de embustes para enfrentarnos a nosotros.

—No se moleste en ir al Pizzicore, Cobianchi. Ya he estado yo antes acompañado del inspector Benini. No hay nada, absolutamente nada —aclaró el propio Charles.

—Entonces, ¿cómo explica todo lo que insinúa? —preguntó el aristócrata confundido.

—Porque Esvensotti es listo, muy listo. Ha escondido a la madre de Olga en el lugar más seguro de todos.

—¿Cuál? —preguntaron el duque y la propia Olga, muy

interesados.

—En esta misma villa, en algún lugar seguro y secreto. Para él era muy fácil ocultar a la anciana en su coche e introducirla en la villa sin que nadie sospechara del lugarteniente del jefe. Luego, ha escondido a la vieja y la habrá mantenido con pan y leche, dos artículos fáciles de obtener. ¿Quién iba a buscarla en esta casa? Era un plan perfecto, ¿no les parece?

—Es una idea espléndida. ¿No lo crees tú también, Esvensotti?

—Duque, no va a creer semejante patraña, ¿verdad?

—Sí, porque me parece muy verosímil. Por ejemplo, en la almena norte. Tú sabes que está acondicionada contra ruidos por si me interesaba y que una persona encerrada allí es inútil que grite.

—Quieto, duque, quietos todos —ordenó Esvensotti de pronto declarándose ya abiertamente culpable.

—Debí pensar que eras demasiado ambicioso para tenerte junto a mí.

—Sí, yo tenía que hacer los trabajos, ir de un lado a otro del globo para preparar los supuestos suicidios mientras usted esperaba aquí tranquilamente sentado para cobrar, entre grandes fiestas y las mejores mujeres. Tenía que jugársela, duque, y lo he hecho, porque acabaré ocupando su lugar.

—Se equivoca, Esvensotti. Está perdido. La policía, con el inspector Benini, gran amigo mío —ironizó—, rodea la villa y no va a salir nadie sin ser detenido.

—¡No podrán acusarme de nada!

—Sí, de todo. Tienen copias de estas fotografías en que llevaba el cadáver del eslavo, una cinta magnetofónica que acusa al duque y pronto tendrán la que se está grabando en estos instantes, porque he utilizado el mismo procedimiento que usted con respecto a Fedor Apotoff.

El aristócrata se vio perdido y sus ojos enrojecieron llenos de odio y deseos de venganza.

—¡Todo por culpa tuya, voy a matarte!

Se lanzó contra Esvensotti, mas éste puso su pistola por delante y disparó a bocajarro.

Aldo Cobianchi se tambaleó. Después, cayó de espaldas mientras Charles Vally arrojaba un pesado pisapapeles contra la mano armada de Esvensotti, arrancándole la pistola, que rodó por el

suelo.

Esvensotti saltó por encima del cuerpo del duque, que expiraba en aquellos instantes, cuando se escuchaba la sirena de la policía.

Éstos, atentos a lo que sucedía y emboscados en el exterior de la villa, habían oído el disparo y deseaban entrar en acción.

El italiano estaba más cerca de la pistola caída y trató de cogerla, pero Olga dio un puntapié al arma, al tiempo que Charles saltaba sobre la mesa, abalanzándose contra su enemigo.

La lucha fue encarnizada.

Esvensotti estuvo a punto de recoger el arma de nuevo, pero una lluvia de puñetazos lo envió contra la pared, quedando inconsciente en el momento que se abría la puerta del despacho para dar paso al inspector Benini y varios agentes armados.

—¿Ha habido muertos? —dijo mirando al duque que yacía muerto.

—No gran cosa. El verdadero rey de la jugada está vivo y podrá ser juzgado —respondió. Se le acercó y le tendió la mano sonriente—. Mi más cordial enhorabuena, inspector. Ha resuelto usted el caso maravillosamente. Merecerá un ascenso de sus superiores. Yo sólo he hecho que ayudarle. Ya ve, conforme a sus órdenes, he entrado en la villa sin armas. En fin, inspector, le reitero mis felicitaciones.

En principio, el policía creyó que se burlaba de él, pero al observar que sus propios hombres le miraban con orgullo, al tiempo que colocaban las esposas al exinspector de la Interpol, sonrió satisfecho.

—Bueno, hemos reducido a todos los secuaces del duque y debo confesar que estaba equivocado con usted. Es un tipo excelente, Scorpio. Siempre que venga a Roma, no deje de visitarme. Quisiera ser para usted un buen amigo.

—Gracias, inspector, pero me parece que voy a quedarme definitivamente en Roma. Es una ciudad que me gusta. Sin embargo, antes debemos hacer una cosa.

—Mi madre —dijo Olga.

—Sí, vamos a liberarla. Ahora ya sabemos dónde está. —Charles se detuvo. Cogió a Olga por los brazos y mirándola a los ojos preguntó—: ¿Crees que será momento de pedirle la mano de su hija para convertirme en el más sumiso de los maridos?

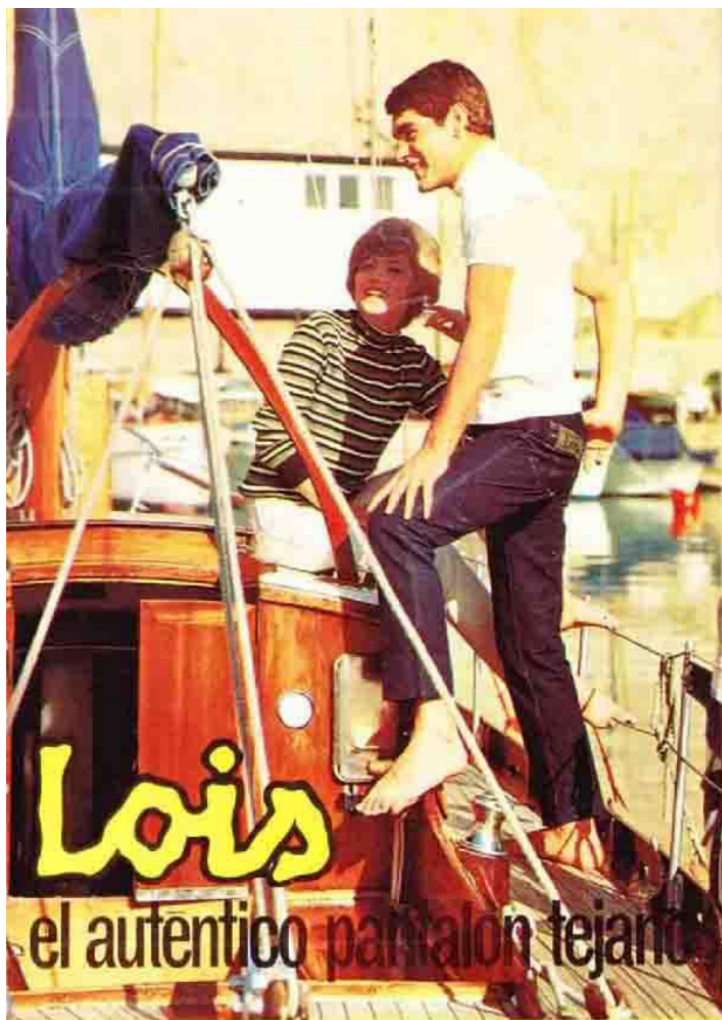
Ella, maravillada, estampó en su boca un beso que despertó la envidia de Benini. Luego, lo cogió de la mano y tiró de él en su carrera hacia la almena. Allí, una sufrida anciana, aguardaba el momento de ser liberada para pasar en paz el resto de sus días.

Mientras, el inspector Benini se percató por primera vez del estudiante que seguía dormido con los ojos y la boca tapadas. No había reparado en él antes por estar un sillón volcado sobre el muchacho a causa de la pelea.

—Y éste, ¿qué hace aquí? —preguntó perplejo.

Mas no había nadie para responderle. Charles Scorpio y Olga seguían corriendo hacia su futuro, cogidos de la mano.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

